

David Brainerd

El joven que nunca dejaba de orar

La increíble historia de un joven huérfano, que a pesar de ser expulsado del seminario, de sufrir depresión crónica y tuberculosis, salió al campo misionero trayendo uno de los avivamientos mas gloriosos de la historia de la Iglesia. Su vida a inspirado a cristianos como Henry Martyn, William Carey, John Wesley, Jonathan Edwards, David Livingstone, Spurgeon... Uno de los mayores testimonios de como Dios puede convertir lo más débil e insignificante, en un héroe de la fe.

¡Oh, si pudiera vivir en el secreto de la presencia de Dios!

David Brainerd



Tiene 29 años, cinco meses y diecinueve días de edad, y cuando la mayoría de los jóvenes están ansiosamente pensando y proyectando en que gastarán sus vidas, él ya ha gastado completamente la suya. Una vida corta, de la cual solo ocho años vivió como cristiano, de ellos, cuatro los vivió en el campo misionero. Sin embargo, esa breve vida que se consumió entre los bosques y tribus de indios pieles rojas, sacudió el mundo de las misiones, y generación tras generación de creyentes, la vida de David Brainerd continúa impactando los corazones.

“Que todos los predicadores lean con detenimiento la Vida de David Brainerd”

John Wesley

¿Quién fue este joven que revolucionó las misiones? Su nombre tal vez sea desconocido para algunos, pero en la historia de la Iglesia figura como uno de los más ilustres. El gran misionero Henry Martyn decidió consumirse por las misiones después de leer su biografía diciendo ¡anhelo ser como él! También ha sido una viva inspiración para misioneros como William Carey, Robert McCheyne, David Livingstone, Andrew Murray. Así como para pastores, obreros y predicadores de todas las denominaciones y de todos los tiempos, desde Jonathan Edwards, John Wesley y Spurgeon, hasta otros más recientes como A. W. Tozer, Leonard Ravenhill; u otros más actuales como John Piper, Paul Washer o Paulo Junior. Y esto por mencionar solo algunos, porque es difícil no escuchar su nombre de la boca de los predicadores del Evangelio de la Cruz.

Dolor, soledad, depresión, enfermedad... hoy estas palabras no son consideradas como las señales distintivas de un ministerio exitoso, sin embargo el ministerio de David Brainerd, marcado continuamente por ellas, ha

conseguido más fruto que muchos ministros aparentemente prósperos. Nos sorprenderemos grandemente al descubrir lo que Dios pudo hacer, y sigue haciendo, con el testimonio de este vaso frágil. Porque a la par de esas terribles circunstancias la vida de este joven estaba marcada por las Escrituras, el ayuno, la oración y la intercesión. Nos maravillaremos al contemplar la respuesta de Dios a la oración persistente de David.

Hacia la conversión de su alma

En el 1718, a los 20 días del mes de abril nace en Connecticut David Brainerd, el sexto hijo, de nueve, aunque poco tiempo tendrá para gozar de feliz infancia; pues cuando tiene solo nueve años queda huérfano de padre, y a los catorce años queda huérfano de madre. Su hermana Jerusha, que estaba casada, lo lleva a vivir con ella...también su hermana morirá joven, a los treinta y cuatro años de edad.

En 1738, David tiene veinte años de edad y crece su hambre y sed de Dios, lee la Biblia entera dos veces ese año, y ella le convence de su pecado, de su necesidad de Dios. Siente su incapacidad para acercarse a Dios por sus propios medios; ora, pero no siente esa liberación del alma.

Así transcurre esa lucha, hasta que una tarde, el 12 de julio de 1739, caminado y meditando entre una arboleda espesa, y en sus propias palabras: una gloria inefable pareció abrirse ante su vista y la percepción de su alma.

“Era una nueva aprehensión o vista interna que tenía de Dios, como nunca la había tenido antes, y que no era como nada de lo que tuviera el más mínimo recuerdo. Así que me detuve y me quedé de pie, maravillado y admirado”

“Y mi alma se regocijó con un gozo inefable de ver a un Dios así, un ser divino tan glorioso, y me sentí interiormente complacido y satisfecho de que El fuera Dios sobre todas las cosas para siempre. Mi alma estaba tan cautivada y complacida con la excelencia, el encanto, la grandeza y las demás perfecciones de Dios, que hasta sentí que era absorbido en Él, al menos al punto de que no pensaba, como recordé al principio, acerca de mi propia salvación, o apenas, que existiera esa criatura que era yo. Así el Señor, yo confío, me llevó a un anhelo de exaltarlo, de ponerlo en el trono y de buscar primero su Reino, es decir, de tener como meta principal y definitiva su honor y su gloria como Rey y soberano del universo, que es el fundamento de la religión que Jesús enseñó”

Preparándose para ser ministro ordenado, primera frustración.

Después de esta experiencia, de esta verdadera conversión, decide entregar su vida al servicio de Dios y entra en el colegio de Yale, a fin de capacitarse para el ministerio.

David nunca tuvo una salud robusta, y en el primer año de instituto contrae sarampión, ya para el segundo año da síntomas de tuberculosis. Además de todo esto era el joven David muy propenso a la depresión.

"Poco después, en el mes de agosto, me sentí tan débil y enfermo como resultado de un exceso de estudio, que el director del colegio me aconsejó que volviese a mi casa. Estaba tan flaco que hasta tuve algunas hemorragias. Me sentí muy cerca de la muerte, pero Dios renovó en mí el reconocimiento y el gusto por las cosas divinas. Anhelaba tanto la presencia de Dios, así como liberarme del pecado, que al mejorar, prefería morir a tener que volver al colegio y alejarme de Dios.

¡Oh, una hora con Dios excede infinitamente a todos los placeres del mundo!"

En aquella época, uno de los más grandes avivamientos que han existido y al que se le conoce como el Gran Despertar estaba en plena acción. John Wesley en Inglaterra, Jonathan Edwards en Nueva Inglaterra (Norte América) y George Whitefield en ambos continentes, eran los máximos instrumentos de Dios en ese despertar.

El mismo George Whitefield había pasado predicando por Yale, y a su paso había dejado muchos corazones encendidos con el fuego de Dios y con anhelos de una vida espiritualmente profunda. Pero como todo avivamiento trae consigo reforma y división, esta vez hubo partidarios y detractores del mover de Dios. Al parecer la mayoría de la dirección del colegio tomó partido por los detractores del avivamiento, al que solo consideraban un "entusiasmo". Así que, aparte de prohibir a los alumnos tomar parte de los cultos de avivamiento, decidieron poner reglas estrictas para contener el movimiento reformista, decretando que:

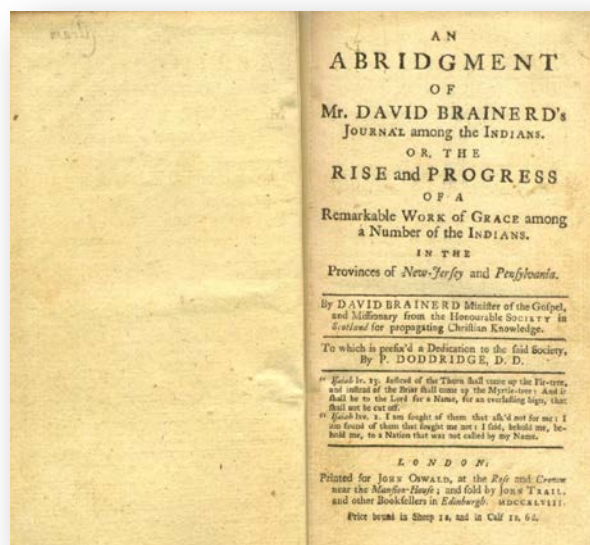
«Si algún estudiante de este Colegio universitario dice de forma directa o indirecta que el Rector, o alguno de los síndicos o los tutores, es un hombre hipócrita, carnal o inconverso, por esta primera infracción hará confesión pública en el salón, y por la segunda infracción, será expulsado»

En 1741, el invitado para dar el discurso de graduación fue el mismísimo Jonathan Edwards, hombre erudito y muy usado en este gran avivamiento. No está claro que esperaba el colegio de él ¿Qué hablase en contra del avivamiento un hombre de avivamiento? Lo cierto es que predicó un sermón titulado *Las marcas distintivas de una obra del Espíritu de Dios*, en donde dejaba entrever su apoyo a los estudiantes que defendían el avivamiento como genuino, y uno de esos alumnos era David.

En 1742, cuando David cursaba su tercer año, dijo de uno de sus tutores “*no tiene más Gracia que una silla*”, y que también se preguntaba porque el Rector no “*había caído muerto*” al perseguir a los estudiantes espirituales. Alguien lo oyó decir esto, lo contó a las autoridades y el joven David fue expulsado sin misericordia del colegio. Allí quedaron frustrados sus sueños del ministerio, porque según una ley vigente en ese entonces, nadie podía ser investido ministro si no egresaba de alguna de las universidades conocidas. El mundo se le cayó en pedazos.

Muchos ministros estaban a favor del Gran Despertar, y uno de ellos, Jonathan Dickinson, presbiteriano, vio en el joven David Brainerd un corazón sincero. Así que lo propuso a la Sociedad Escocesa para la Propagación del Conocimiento Cristiano, que era una especie de agencia misionera. El 25 de noviembre de 1742, tras examinarlo se le nombró misionero para las tribus nativas Housatonic de Kaunaumeeck, en Massachusetts. Se preparará para la obra misionera trabajando durante el invierno en una iglesia de Long Island, y partirá hacia las tribus nativas en la primavera.

Su Diario Personal



Debemos de tener en cuenta que lo que leeremos en el diario personal de David, fue escrito sólo como una forma de derramar su alma, como una confesión, un desahogo en la soledad. Tenía un diario donde relataba los hechos del ministerio, para dar cuentas a la Sociedad misionera que le enviaba, y tenía otro diario donde relataba sus angustias, temores y anhelos. No fue escrito con la intención de ser leído por otros, pues este diario sólo se

publicó después de su muerte. Jonathan Edwards, quien lo cuidó como a un hijo en su lecho de muerte, publicó sus diarios en 1749 para dar a conocer la maravillosa obra de Dios en este joven.

En estos extractos de su diario encontraremos toda la pureza, la sinceridad y la fuerza de sus sentimientos, y comprenderemos porque ha impactado a tantas vidas. Leerlo es como acercarse sigilosamente, en punta de pie, hasta aquel joven de 24 años que arrodillado en su cuarto, en el bosque, o en la choza, derrama su alma en oración, diciéndole al Padre celestial cosas como estas:

“Oh, si mi alma estuviera envuelta en el amor divino, y mis anhelos y deseos de Dios aumentaran ¡Oh, bendito Dios mío!, déjame subir hasta cerca de Ti, y amar, y desear e implorar, y luchar y extenderme hacia Ti, para la liberación de mi cuerpo del pecado y de la muerte.” (1/4/1742)

“He deambulado esta mañana por el mismo lugar donde estuve anoche. Empecé a hallar dulce el orar, podía pensar en pasar los mayores sufrimientos por la causa de Cristo con placer, y me halle deseando, si Dios quería ordenarlo, sufrir destierro de mi propia patria, entre los paganos, para que pudiera hacer algo por su salvación, en sufrimientos y muertes de todas clases. Luego, Dios me dijo que luchara intensamente por otros, por el reino de Cristo en el mundo y por mis queridos amigos cristianos. Me vi separado del mundo y de mi propia reputación entre los hombres, deseando ser despreciado y el hazmerreír del mundo que me contemplara.” (6/4/1742)

“Por la mañana sentí poca vida en mí, excepto que mi corazón se sentía lleno de agradecimiento a Dios por su asombrosa misericordia. Después del culto público Dios me dio una ayuda especial en oración. Luché con mi querido Señor, y pude hacer de la intercesión un empleo deleitoso para mí.” (11/4/1742)

“Mis deseos, al parecer, se centran en Dios; y encontré una atracción palpable del alma hacia Él en varias ocasiones en el día de hoy. Sé que anhelo a Dios y la conformidad con su voluntad, en pureza interior y santidad interior, diez mil veces más que nada más aquí abajo.” (15/4/1742)

“Me retiré temprano esta mañana al bosque para orar; tuve la ayuda del Espíritu de Dios y ejercité la fe; y pude implorar con fervor por el progreso del Reino de Cristo en el mundo e interceder por amigos queridos ausentes. Al mediodía, Dios me capacitó para luchar con Él y sentir y confiar en el poder del amor divino en la oración. Por la noche me sentí inmensamente en deuda con Dios, y me di cuenta de mi fracaso en el cumplimiento de mi deber.” (18/4/1742)

“Puse aparte este día para ayuno y oración a Dios por su gracia, especialmente para prepararme para la obra del ministerio, para darme ayuda y dirección divina en mi preparación para esta gran obra, y para que a su tiempo apropiado Dios me envíe a su mies. En consecuencia, por la mañana, me esforcé en rogar por la presencia divina durante el día, de un modo vivo. A última hora de la mañana sentí el poder de la intercesión por las almas inmortales preciosas, para el progreso del Reino de mi querido

Señor y Salvador en el mundo; y, con ello, una dulce resignación, y aun consolación y gozo, en la idea de sufrir dificultades, y aflicciones, y aun la misma muerte en el engrandecimiento del mismo; y tuve un especial estímulo en implorar por la iluminación y conversión de los pobres paganos.

Por la tarde, Dios estuvo conmigo de veras. ¡Oh fue una bienaventurada compañía realmente! Dios me permitió agonizar hasta tal punto en oración, que quede completamente mojado por el sudor, aunque estaba a la sombra y hacía una fresca brisa. Mi alma fue apartada mucho del mundo y dirigida a las multitudes de almas. Creo que tuve mas estímulo en orar por los pecadores que por los hijos de Dios, aunque sentí que podía pasar mi vida clamando por los dos.

Disfruté de una gran dulzura en comunión con mi querido Salvador. Creo que nunca en la vida me sentí tan enajenado del mundo y tan resignado a Dios con todo. ¡Oh, si siempre pudiera vivir para mi Dios bendito y en Él! Amén, amén” (19/4/1742)

“Hoy cumplo veinticuatro años. ¡Oh, cuántas misericordias he recibido en el pasado! El Señor me ayude a vivir para su gloria en el futuro. Nunca he deseado tanto vivir para Dios y dedicarme totalmente a Él. Quisiera usar mi vida en su servicio y para su gloria.” (20/4/1742)

“Esta mañana he pasado dos horas en mis deberes privados de oración y así he podido agonizar por las almas inmortales mas que de ordinario. Aunque era muy temprano por la mañana y el sol apenas brillaba, mi cuerpo estaba lleno de sudor. He sentido gran presión, como me ha ocurrido con frecuencia últimamente, a orar pidiendo la mansedumbre y calma del Cordero de Dios en mi alma; y por medio de su bondad divina sentí mucha esta mañana.

¡Oh, es una dulce disposición el perdonar de corazón todas las injurias que nos hacen, el desear bien a nuestros mayores enemigos, como si fuera a nuestras propias almas!

¡Bendito sea Jesús!, haz que cada día sea conformado mas y mas a Ti. Por la noche me sentí fundido en grado extremo con el amor divino.” (25/4/1742)

“¡Oh, mi alma anhela en extremo este estado bienaventurado de perfección, de liberación de todo pecado! ¡Oh, si pudiera pasar todo momento de mi vida para la gloria de Dios!” (26/4/1742)

“Me retiré temprano para mis devociones privadas; y en oración Dios tuvo a bien derramar tales consuelos inefables en mi alma, que no pude hacer nada, durante un rato, más que repetir una y otra vez: ¡Oh, mi dulce Salvador! ¡Oh, mi dulce Salvador! ¿A quién tengo en los cielos sino a Ti? Y no hay otro bien en la Tierra que desee sino a Ti. (Salmo 73:251)

Si mi alma tuviera mil vidas, con todo gusto las habría entregado todas de inmediato para estar con Cristo.

Mi alma nunca había gozado gozado tanto del cielo; y fue la ocasión más delicada y espiritual de comunión con Dios que he sentido nunca. Jamás había sentido un grado semejante de aceptación de la voluntad de Dios en mi vida.” (27/04/1742)

“Me retiré a mi lugar acostumbrado, con gran paz y tranquilidad, y pasé unas dos horas en mis deberes privados, y sentí aproximadamente lo mismo que ayer por la mañana,

solo que mas débil y mas sosegado. Me pareció depender totalmente de mi querido Señor; totalmente suelto de toda otra dependencia.

No sabía qué decir a mi Señor, solo pude reclinarme en su pecho, por así decirlo, y suspirar mis deseos en perfecta conformidad con Él en todo. Deseos sedientos y anhelos insaciables poseían mi alma en pos de la santidad perfecta. Dios era tan precioso a mi alma, que el mundo, con todos sus goces, era infinitamente despreciable.

No daba más valor al favor de los hombres que a los guijarros. El Señor fue mi todo y el que Él lo eliminara todo, me deleitó en gran manera.

Creo que mi fe y mi dependencia de Dios raramente se han elevado tan altas. Le vi como una fuente de bondad, que me parecía imposible que pudiera desconfiar de El otra vez, o que pudiera estar alguna vez ansioso por nada que me sucediera. Gocé de gran dulzura al orar por los amigos ausentes y por el engrandecimiento del reino de Cristo en el mundo.” (28/4/1742)

“Se me permitió clamar a Dios con fervor pidiendo ser cualificado para el ministerio; que Él saliera a favor del progreso de su propio Reino y que Él hiciera entrar en él a los paganos. Tuve mucha ayuda en estos esfuerzos. Esta ha sido una semana muy provechosa para mi; He gozado muchas comunicaciones del bendito Espíritu en mi alma.” (1/5/1742)

“Pasé mucho tiempo en oración esta mañana y gocé de mucha dulzura. Sentí insaciables anhelos de Dios durante gran parte del día. Me pregunto como pueden vivir las pobres almas que no tienen a Dios. El mundo, con todos sus goces, desapareció del todo. Me vi totalmente indefenso e impotente, pero tengo un Dios bendito a quien acudir, Deseé en gran manera ser disuelto, y estar con Cristo, para contemplar su gloria. ¡Oh, mi alma débil y cansada anhela llegar a la casa de mi Padre! (12/6/1742)

“Sentí algo de la dulzura de la comunión con Dios, y la fuerza constreñidora de su amor; ¡de que modo tan admirable cautiva el alma y hace que todos los deseos y afectos se centren en Dios!

Puse aparte este día para ayuno y oración en secreto, para implorar a Dios que me dirija y bendiga para la gran obra que tengo a la vista, de predicar el Evangelio, y que el Señor quiera venir a mí y mostrarme la luz de su rostro. Tuve poca vida y poder antes del mediodía. Hacia la mitad de la tarde Dios me permitió luchar ardentemente en intercesión por mis amigos. Pero por la noche el Señor me visitó maravillosamente en la oración. Creo que mi alma nunca antes ha estado en una agonía semejante. No sentí restricción alguna porque los tesoros de la gracia se me abrieron. Luché por mis amigos ausentes, para que se cosecharan almas, por las multitudes de almas perdidas y por muchos que sé que son hijos de Dios, personalmente, en muchos lugares distintos. Fue una agonía tal que desde antes de ponerse el sol, hasta que fue oscuro, estaba en pleno sudor, pero me pareció que había malgastado todo el día y no había hecho nada.

¡Oh, mi querido Salvador sudó sangre por las pobres almas! Anhelaba sentir más compasión hacia ellas. Me sentí todavía en un dulce estado mental y bajo un sentimiento del amor y la gracia divinas, y me fui a la cama en este estado, con mi corazón puesto en Dios.” (14/6/1742)

“Tuve los anhelos mas ardientes de Dios que he sentido nunca en la vida. Al mediodía, en mi secreto retiro, no puede hacer nada más que decirle a mi querido Señor, en una dulce calma, que no tenía ningún deseo excepto Él; nada, sino la santidad; que Él me había dado estos deseos, y solo Él podría darme la cosa deseada. Nunca me pareció

estar más desprendido de mi mismo y tan totalmente consagrado a Dios. Mi corazón se sintió absorbido en Dios la mayor parte del día.

Por la noche tuve tal visión de que el alma era como engrandecida, para contener mas santidad, que me pareció que estaba separada de mi cuerpo. Y entonces luche en agonía por la bendición divina; mi corazón fue atraído en oración hacia algunos amigos cristianos, mas allá de lo que nunca me había acontecido. Me siento diferente ahora de cómo me he sentido antes bajo cualquier goce, mas comprometido para vivir por Dios para siempre, y menos satisfecho de mis mismo y mis cosas.” (15/6/1742)

“Pasé casi todo el día en oración incesante.” (30/6/1742)

“Tuve una dulce sesión de oración secreta; el Señor se acercó a mi alma y me llenó de consolación divina. ¡Oh, mi alma saboreó la dulzura del mundo superior y fue atraída a orar por el mundo, para que pudiera acudir a Cristo! Tuve mucho consuelo en los pensamientos y esperanzas de alcanzar a los gentiles; fui grandemente ayudado en la intercesión por los amigos cristianos.” (23/8/1742)

“Me sentí algo consolado esta mañana; conversé agradablemente con algunos amigos; estuve en una actitud seria y sosegada y oré en cierta ocasión con algún grado de dulzura. Por la tarde, en otra casa, oré privadamente con uno o con dos queridos amigos cristianos; y dudo que antes me hubiera lanzado tan lejos como entonces en el mundo eterno. Avancé tan lejos en el inmenso océano, que mi alma con gozo triunfó sobre todos los males de las orillas de la mortalidad.

Creo que el tiempo, con todas sus joviales diversiones y decepciones crueles, nunca me parecieron antes tan insignificantes. Estuve en un estado de ánimo dulce; yo no me vi en parte alguna y mi alma anheló a Dios con deseo intenso. ¡Oh, vi lo que debía a Dios de una manera que no había visto nunca antes! Supe que jamás había vivido un momento para El cómo debía haber hecho; verdaderamente me pareció que nunca había hecho nada por el cristianismo; mi alma anheló con deseo vehemente vivir para Dios.

Por la noche canté y oré con cierto número de cristianos; sentí los poderes del mundo que entraban en mi alma en oración. Después oré de nuevo en privado, con un amigo cristiano o dos, y hallé la presencia de Dios; estaba algo humillado en mi retiro secreto; sentí mi ingratitud porque no había estado totalmente absorto en Dios.” (30/8/1742)

“Sentí alguna compasión por las almas, y me lamenté de no haber sentido más. Sentí mucho más que nunca la bondad, la mansedumbre, la delicadeza y el amor hacia toda la humanidad” (18/9/1742)

Su terrible lucha contra la depresión

Una de las luchas más titánicas que tuvo que enfrentar este joven de Dios fue contra la depresión, a la que estaba inclinado por naturaleza. Aunque hoy la depresión sea considerada como una vergonzosa debilidad por los “predicadores del éxito” (esos para quienes una indeleble sonrisa, una salud perfecta y abundante comodidades son el símbolo del ministro ideal); lo cierto es que innumerables hombres y mujeres de Dios, que fueron poderosamente usados para la propagación del Evangelio, la padecieron y aprendieron a glorificar a Dios en medio de sus terribles luchas.

David Brainerd, pasó por momentos de angustiosa melancolía, en donde le era imposible sentir la presencia de Dios, o alentar esperanza alguna de cambio. Increíblemente esta condición anímica fue usada por Dios para convertir a David, en uno de los héroes de la fe que ha inspirado a miles y miles a través de los siglos. Esa debilidad en este joven, es la que hace que le amemos, deseemos imitarle, cobremos aliento contemplando su vida; porque esa vida no es otra cosa que la gloriosa verdad de que el poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad, y que cuando nosotros somos débiles, entonces Él es fuerte.

Uno de esos terribles momentos de depresión, le sucedió cuando estaba partiendo como misionero hacia los pueblos nativos. Parecía que una vez más el fracaso se ensañaba con él.

Leamos uno de sus relatos de como se sentía en esas horas de melancolía:

“Me sentí como se siente un criminal ante el tribunal, en espera por su sentencia, con la excepción de que me preocupaba muy poco el camino que tomara mi caso, porque me había sido quitado el temor del infierno casi por completo, si no enteramente. Tenía una certeza total de que mi estado nunca podría ser alterado por nada que yo pudiera hacer, y me preguntaba hasta el punto de estar casi asombrado, de que nunca me hubiera dado cuenta de ello, porque ahora tenía la demostración más clara de esa realidad. Y en este caso, no sentía ni amor a Dios, ni anhelo del cielo, como solía pensar que tenía con anterioridad. Tampoco temía el infierno ni amaba el mundo presente. De hecho, prefería ser o sufrir lo que fuera, antes que volver a mi curso anterior de descuido. Pensaba que mis convicciones habían desaparecido todas, y aquello me parecía temible.

Pero pensaba que solo podía ir al infierno, y que no lo sentía, ni podía hacer que apareciera tan temible como antes. De hecho, parecía sentirme totalmente despojado de toda felicidad, o esperanza y expectación de felicidad, tanto en el presente mundo como en el venidero, y sin embargo, no sentía un grado considerable de aflicción, aunque sí sentía algo que hasta esos momentos rayaba en la desesperación en cuanto a todo bien satisfactorio, que me parecía casi igualmente cómodo pensar en ser aniquilado como algo de lo cual sabía entonces, aunque puedo decir con verdad que tampoco estaba listo para eso. Toda mi alma estaba indeciblemente desconcertada y perdida en mí mismo, y no conocía nada que pareciera adecuado para hacerme feliz, en caso de que hubiera podido obtener con la mayor facilidad el mejor bien que se me pudiera ocurrir. Y estando tan perdido, me convertí en objeto adecuado para que la compasión de Jesucristo se fijara en mí, puesto que Él vino <a buscar y a salvar lo que se había perdido>”

“Es angustioso sentir en mi alma el infierno de corrupción que aún queda en mí”
(4/11/1742)

“Todavía sentía mi gran vileza y me esforcé tanto como puede por estar a solas. ¡Oh, que nulidad soy; polvo y ceniza, esto es lo que soy!”
(26/11/1742)

“Prediqué con alguna dulzura sobre Mateo 6:33. Hubo mucha emoción en la asamblea.

Este ha sido un domingo dulce para mi, y, ¡bendito sea Dios!, tengo razones para creer que mi religión se va refinando y haciendo mas espiritual por medio de mis últimos conflictos internos.” (12/12/1742)

“Me pasé este día en oración, leyendo y escribiendo, y disfruté de alguna ayuda, en especial para corregir algunos pensamientos acerca de un cierto tema” (20/12/1742)

“Sentí mucha dulzura y ternura en la oración, sobre todo, que con toda mi alma parecí amar a mis peores enemigos, y pude orar por aquellos que son ajenos a Dios y enemigos suyos, con un alto grado de suavidad y de fervor” (26/12/1742)

“Raras veces me he sentido tan incapacitado para existir, como ahora: Vi que no era digno de ocupar un lugar entre los indios a los que voy a ir....Nadie sabe, solo quienes lo sienten, lo que tiene que soportar el alma que es sensiblemente apartada de la presencia de Dios. ¡Ay, es más amargo que la muerte!” (23/1/1743)

Comienza su obra misionera

“Cabalgué más de veinticinco kilómetros hasta Montauk, y tuve una sensación de dulzura interior en el camino, pero algo de abatimiento y mortandad después de estar allí y ver a los indios. Me retiré y traté de orar, pero me encontré terriblemente abandonado y me fui, y tuve una dolorosa sensación de mi vileza y mi ruindad” (9/3/1743)

El 1º de abril de 1743, David llega a su destino, el poblado de los indios Housatonic de Kaunaumeeck, pero no llegaba en las mejores condiciones anímicas. Allí permanecerá un año y predicará mediante un intérprete.



“Cabalgué hasta Kaunaumeeck, a unas veinte millas de Stockbridge, donde viven ahora los indios en los cuales estoy interesado, y me puse a dormir sobre un montón de paja. Estaba muy agotado por las angustias y luchas internas de todo el día y me pareció que no tenía Dios a quien acudir.” (1/4/1743)

“Tuve la impresión de ser totalmente incapaz de hacer mi trabajo. Me pareció que no haría nunca ningún servicio y no conseguiría nada entre los indios.” (7/4/1743)

“Me levanté temprano por la mañana, salí y pasé un rato considerable en oración y meditación por el bosque. Predique a los indios, tanto por la mañana como por la tarde.

Se comportaron de modo sobrio en general, y en particular dos o tres parecían estar bajo cierta preocupación religiosa, y hablé con ellos en privado; uno me dijo que su corazón había llorado por primera vez desde que me había oído predicar.” (10/4/1743)

“Puse el día aparte para ayuno y oración e incliné mi alma ante Dios para que me concediera su divina gracia; especialmente para que mis aflicciones espirituales, mi angustia interior, pudieran ser santificadas para mi alma. Y me esforcé también en recordar las bondades de Dios para mí el año pasado, pues este es el día de mi cumpleaños. Con la ayuda de Dios he vivido hasta aquí, y ahora he llegado a la edad de veinticinco años. Mi alma se sintió afligida al pensar en mi esterilidad y mi frialdad por haber vivido tan poco para la gloria del Dios eterno. Pasé el día solo en el bosque, y allí derramé mi queja ante Dios. ¡Oh, si Dios quisiera capacitarme para vivir para su gloria en el futuro!” (20/4/1743)

“La presencia de Dios es lo que quiero. Vivo en un desierto triste y solitario en extremo, a unas dieciocho millas de Albany, porque no se consideró apropiado que fuera al río Delaware. Vivo con un pobre escocés; su esposa apenas puede hablar inglés.

¡Oh, cómo anhelaba que algún amado cristiano conociera mi angustia!

Mi comida consiste e su mayor parte en budín, maíz hervido y pan cocido sobre las cenizas, y algunas veces algo de carne y mantequilla. Mi cama es un montón de paja puesto sobre unas tablas, algo por encima del suelo.

Mi trabajo es duro y difícil en extremo, viajo a pie una milla y media por caminos pésimos, casi diariamente y otra vez de vuelta; porque vivo a esta distancia de mis indios. No he visto una persona inglesa en todo el mes. Esas cosas y otras circunstancias distintas, no menos incómodas, son lo que me rodea.

En cuanto a frutos de mi trabajo aquí, no puedo decir mucho todavía tengo poca experiencia en cuanto a lo que es el éxito para que me sienta consolado. Los indios parecen amables en general y bien dispuestos hacia mí y están muy atentos a mis instrucciones, y parecen deseosos de que se les enseñen mas cosas. Supongo que dos o tres están bajo alguna forma de convicción; pero parece que hay poca obra especial del Espíritu divino entre ellos todavía, lo cual me produce muchas horas de desmayo en el corazón

Algunas veces creo que Dios tiene preparadas abundantes bendiciones para ellos y para mí, pero otras veces me siento completamente abrumado por la angustia.” (30/4/1743)

“Mis circunstancias son tales que no tengo consolación de ninguna clase, excepto la de Dios. La mayor parte de las conversaciones que oigo son en escocés de los Highlands, o en idioma indio. No tengo a otros cristianos en los cuales desahogarme, o para compartir mis aflicciones espirituales, o para poder tener dulce consejo en conversación sobre las cosas celestiales y unirme en oración conjunta.

Los indios no tienen tierra en que vivir excepto la que los holandeses han reclamado; y estos han amenazado echarlos. No tienen consideración alguna para las almas de estos pobres indios; y por lo que he podido averiguar, los holandeses me aborrecen porque he ido a predicar a los indios.” (18/5/1743)

“Pasé la mayor parte del día trabajando para procurarme algo con que alimentar al caballo durante el invierno. No disfruté mucho bienestar esta mañana; me sentí muy débil en el cuerpo durante el día, y pensé que este frágil cuerpo pronto se derrumbará en el polvo, porque tuve algunos presentimientos definidos de una pronta entrada en el otro mundo.

Con este estado débil del cuerpo, no me preocupé en modo alguno por la falta de alimento apropiado. Me veo forzado a ir a buscar el pan que como, hasta diez o quince millas, o enviarlo a buscar; y algunas veces es agrio y mohoso antes de que pueda comerlo, pues debo comprarlo por cantidad. Y luego no tengo ninguno durante días, por falta de oportunidad para enviarlo a buscar, o no puedo encontrar mi caballo en el bosque para ir yo mismo; y éste fue el caso de hoy; pero, por la bondad divina obtuve algo de harina de maíz, con lo que me hice tortas y las freí.

Con todo me sentí contento de mis circunstancias y totalmente rendido al Señor. En oración gocé de gran libertad, y bendije a Dios por mis circunstancias presentes, como si hubiera sido un rey; y pensé que me siento dispuesto a estar contento en cualquier circunstancia. ¡Bendito sea Dios!” (15/8/1743)

“Estuve muy perplejo con algunos holandeses irreligiosos. Toda su conversación se refirió a las cosas del mundo, lo cual era muy fatigoso para mi alma. ¡Oh que infierno sería el pasar una eternidad con hombres así! Muy bien dijo David: Contemplé a los transgresores y me sentí muy apenado. ¡Pero, adorado sea Dios!, el cielo es un lugar en el que no entra nada impuro, ¡Oh, cuanto deseo la santidad de ese otro mundo! ¡Dios me prepare para él!” (28/8/1743)

“Hoy hubiera obtenido mi título (hoy es el día de la graduación), pero Dios ha tenido a bien impedírmelo. Aunque temía que me abrumara de perplejidad e incertidumbre al ver a mis compañeros graduarse, Dios me ha ayudado a decir con calma y resignación: «Sea hecha la voluntad del Señor» Ciertamente, mediante la gracia de Dios, casi puedo decir que no había tenido tanta paz espiritual por mucho tiempo” (14/9/1743)

“Por la tarde fui a caballo a Bethlehem y prediqué allí. Hubo bastante asistencia, tanto en la oración como en la predicación. Me sentí sincero, amable y tierno hacia todos, y deseé que la santidad pudiera florecer mas en la Tierra.” (19/9/1743)



“Pensé regresar al poblado indio, pero hacia la noche sentí un dolor fuerte en los dientes y escalofríos; no puede calentarme ni sentirme confortable en toda la noche que siguió. Seguí con mucho dolor toda la noche, y por la mañana tenía mucha fiebre y dolores por todo el cuerpo. Tuve el sentimiento de la bondad divina, al hacer que este fuera el lugar de mi enfermedad, entre amigos, los cuales fueron muy amables conmigo. Probablemente habría perecido allí, si hubiera regresado antes a mí propia casa en los bosques, donde no tengo oportunidad de estar en relación con nadie mas que con los indios, pobres, rudos e ignorantes. Aquí vi que había misericordia en medio de la aflicción. Seguí de esta manera, casi siempre confinado en la cama, hasta el viernes por la noche, con fuertes dolores en todo momento, pero, por la bondad divina sin temer a la muerte.

Entonces se me hizo clara la extrema locura de los que aplazan el entregarse a Dios hasta hallarse en un lecho de enfermedad, sin duda, este no es un momento para prepararse para la eternidad. Por la tarde del viernes los dolores desaparecieron súbitamente. Estaba débil en extremo, y casi me desmayé pero me sentí comfortable la noche que siguió.

“Estas palabras del Salmo 118:17 *No moriré sino que viviré* pasaron por mi mente con frecuencia, y pensé que había que celebrar la continuación en la vida sólo en el caso de que pudiera mostrar la bondad y la gracia de Dios.” (20/9/1743)

“Por la mañana tuve un poco de consolación, que vino de la esperanza de ver días gloriosos en la Iglesia de Dios; y pude orar con alguna fuerza y ánimo de esperanza por este día glorioso. Antes del mediodía prediqué de las glorias del cielo; por la tarde, de las miserias del infierno y del peligro de ir allá.” (23/10/1743)

“Pasé el día en ayuno y oración privada, desde la mañana hasta la noche. Temprano por la mañana tuve algo de ayuda en la oración. Después leí la historia de Elías el profeta. Mi alma entonces, exclamó con Eliseo: ¿Dónde está el Dios de Elías? ¡Oh, anhelaba tener mas fe! Mi alma suspiraba por Dios, y le imploré que una porción doble del espíritu que fue dado a Elías pudiera descansar sobre mí. Y lo que constituyó un refrigerio y corroboración divina para mi alma fue ver que Dios era el mismo de los días de Elías.

Me sentí capacitado para luchar con Dios en oración en una forma sentida, ferviente, humilde, intensa e insistente, mas de lo que he podido en los últimos meses. Nada me parecía demasiado difícil para que Dios no pudiera hacerlo; nada demasiado grande para mí que yo no pudiera hacerlo por Él. Había perdido durante muchos meses toda esperanza de ser un instrumento para hacer algún servicio especial para Dios en el mundo; me parecía totalmente imposible que alguien tan vil pudiera ser empleado en esto por Dios. Pero en aquel momento Dios tuvo a bien reavivar esta esperanza.

Mi alma fue ardiente en la oración, fue capacitada para luchar ardentemente por mí mismo, por los amigos cristianos, por la Iglesia de Dios. Y sentí mas deseos de ver el poder de Dios en la conversión de almas de lo que había sentido desde hacía ya mucho tiempo. ¡Bendito sea Dios por esta sesión de ayuno y oración! ¡Que su bondad permanezca siempre conmigo y atraiga mi alma hacía él!” (3/11/1743)

“Pase el día en ayuno y oración a solas. Por la mañana estaba abatido y sin vida, triste y desanimado. Pero después de un rato, mientras leía 2ª de Reyes 19, mi alma se sintió conmovida y afectada; después de leer el versículo 14 y siguientes, vi que no había otro camino para los hijos afligidos de Dios excepto el ir a Dios con sus aflicciones. Ezequías, en gran angustia, fue y derramó su queja ante el Señor.

Me sentí capacitado para ver el gran poder de Dios y mi extrema necesidad de este poder, y de clamar a Él con fervor y pasión para que su poder y gracia me fueran concedidos.” (10/11/1743)

“Empecé el estudio de la lengua india. Estaba molesto por la necesidad de más retiro. Me gusta vivir solo, en mi propia cabaña, donde puedo pasar mucho tiempo en oración.” (29/11/1743)

“Por la mañana y por la noche gocé de alguna intensidad en la oración y anhelé un engrandecimiento del reino de Cristo en el mundo. Mi alma parece no poder esperar en Dios hasta el tiempo en que Él va a derramar su bendición a la iglesia. ¡Oh, si la Iglesia pudiera ser reavivada con poder!” (1/12/1743)

“Pasé el día solo, en ayuno y oración y leyendo la Palabra sobre las pruebas y liberaciones de sus hijos. Creo que resultó una corroboración de la fe, y la comprensión del poder, gracia y santidad divinos, y también sobre la inmutabilidad de Dios, que Él es el mismo que libraba a sus santos de antaño de las grandes tribulaciones. Mi alma estuvo orando varias veces por el aumento de la Iglesia y el pueblo de Dios. ¡Oh, si Sion pudiera pasar a ser el gozo de toda la Tierra! Es mejor esperar en Dios con paciencia que poner la confianza en nada de este mundo inferior. ¡Alma mía, espera en Jehová, porque de Él viene tu salvación!” (22/12/1743)

“Pasé el día principalmente conversando con amigos, y tuve poca satisfacción, porque pude hallar pocos que estuvieran dispuestos a conversar sobre las cosas divinas y celestiales. Ay, ¡qué son las cosas de este mundo para proporcionar satisfacción al alma! Cerca de la noche regresé a Stockbridge. En secreto bendije a Dios por mi aislamiento y porque no siempre estuviera expuesto a la compañía y conversación del mundo. ¡Oh, si pudiera vivir en el secreto de la presencia de Dios!” (29/12/1743)

“Cabalgué desde Stockbridge a mi casa en el bosque. El aire era claro y tranquilo, pero tan frío como nunca, o casi nunca lo había sentido. Estuve en gran peligro de perecer debido a lo extremo del clima. Pude meditar mucho por el camino.” (31/12/1743)

“De veras Dios ha sido bueno y misericordioso para conmigo, aunque Él me ha hecho pasar por muchas aflicciones. Él ha provisto para mí en abundancia, de modo que he sido capacitado en los últimos quince meses, para conceder para unos, de caridad unas cien libras, en moneda de Nueva Inglaterra, según puedo recordar. ¡Bendito sea el Señor, que me ha usado hasta ahora como su mayordomo para distribuir una porción de sus bienes! Que siempre recuerde que todo lo que tengo viene de Dios. Bendito sea el Señor que me ha sacado adelante en todo. ¡Oh, que pueda empezar este año con Dios y pasarlo todo para su gloria, sea en la vida, sea en la muerte! (1/1/1744)

“Pasé este día en medio de la seriedad, con firmes resoluciones para Dios, y una vida de mortificación. Estudié fuertemente, hasta que sentí que me fallaban mis fuerzas corporales” (7/1/1744)

“Esta mañana gocé de unas solemnes horas de oración; mi alma se sintió ampliada y ayudada para derramarse, para recibir la gracia de Dios y todas las bendiciones que deseaba para mí, para mis amigos cristianos y para la Iglesia de Dios; y fui capacitado para ver a Aquel que es invisible, para que mi alma descansara sobre Él para la ejecución de todo lo que pedí que fuera agradable a su voluntad. Mi alma confió en Dios, para mí y para su Iglesia; confió en el poder y la gracia divinos, para que hiciera cosas gloriosas en su Iglesia en la Tierra, para su propia gloria.” (14/1/1744)

“Gocé de cierta libertad y refrigerio espiritual; fui capacitado para orar con algún fervor, y con intenso deseo por la prosperidad de la Iglesia; y mi fe y esperanza parecían echar mano de Dios para la ejecución de lo que había sido capacitado para implorar. La

santificación en mi mismo y el recogimiento de los elegidos de Dios, esto era mi deseo; y la esperanza de su realización, todo mi gozo.” (4/2/1744)

“Observé este día como día de ayuno y oración, pidiéndole a Dios que derramara sobre mí su bendición y su gracia; en especial que me capacitara para llevar una vida de mortificación con respecto al mundo, y también de resignación y paciencia” (9/2/1744)

“La mayor parte del día estuve dedicado a escribir sobre un tema divino. Oré con frecuencia y gocé de ayuda hasta cierto punto. Pero por la noche Dios tuvo a bien concederme una dulzura divina en la oración; especialmente en el deber de la intercesión. Supongo que nunca sentí tanta bondad y amor por aquellos que tengo motivos para pensar que son mis enemigos, si bien en aquel momento hallé una disposición que me permitía pensar lo mejor de todos, de modo que apenas podía creer que una cosa como la enemistad y el odio pudiera albergarse en alma alguna; me parecía que todo el mundo tenía que ser amigo. Nunca había orado con mayor libertad y deleite por mi mismo o por mi amigo mas querido, como oré ahora por mis enemigos.” (2/3/1744)

“Por la mañana pasé alrededor de una hora en oración con gran intensidad y libertad, con la emoción mas tierna y dulce para la humanidad. Deseaba que aquellos que, según tenía razones para pensar, me tenían mala voluntad, pudieran ser felices eternamente. Me parecía consolador pensar en verlos en el cielo, a pesar de que me habían ultrajado en la tierra. No sentía disposición en insistir en confesión o reconocimiento alguno por parte de ellos, a fin de hacer una reconciliación y facilitar el ejercicio del amor y la bondad hacia ellos. ¡Oh, es un emblema del mismo cielo amar a todo el mundo con un amor de bondad, perdón y benevolencia; sentir el alma tranquila, suave y mansa; estar exento de todas las sospechas y suposiciones de mal y apenas ser capaz de pensar mal de hombre alguno en ninguna circunstancia; hallar el corazón simple, abierto y libre para todos aquellos que nos miran con ojos distintos!

La oración fue un ejercicio tan dulce para mí, que no sabía como cesar, para no perder el espíritu de la oración. No sentí disposición a comer o a beber, por amor a ello, sino solo para sostener mi cuerpo y sentirme adecuado para el servicio divino. No habría podido estar contento sin una mención muy particular al gran número de queridos amigos ante el trono de la Gracia; como también de las circunstancias particulares de muchos en cuanto me eran conocidas.” (3/3/1744)

“Por la mañana gocé de la misma intensidad en oración que ayer por la mañana, aunque no en el mismo grado; sentí el mismo espíritu de amor, de benevolencia universal, de perdón, humildad, resignación, mortificación hacia el mundo y sosiego en la mente como entonces. Mi alma descansó en Dios, y hallé que no quería otro refugio, ni amigo. Cuando mi alma confía así en Dios, todas las cosas parecen estar en paz conmigo, incluso las piedras de la tierra; pero cuando no puedo comprender y confiar en Dios, todas las cosas me parecen tener un aspecto diferente.” (4/3/1744)

“Por la mañana me sentí completamente muerto para el mundo y sus placeres. Pensé que estaba dispuesto y deseoso de entregar la vida y todas sus comodidades tan pronto como se me llamara a hacerlo.

La vida ahora me parece como una burbuja vacía; las riquezas, honores y goces comunes de la vida me parecieron por completo sin sentido. Deseaba ser perpetua y

enteramente crucificado a todas las cosas de aquí abajo por medio de la Cruz de Cristo. Mi alma estaba dulcemente resignada a lo que Dios dispusiera de mí, en todos los aspectos; y vi que no había sucedido nada que no fuera para mi bien. Confié en Dios para que nunca me dejara, aunque anduviera por el valle de la sombra de muerte.”
(10/3/1744)

En marzo de 1744 la iglesia de Millington, cerca de Haddam, su pueblo natal, le llama para el ministerio, pero él rechazó la propuesta. También la iglesia de East Hampton, en Long Island, una iglesia grande y rica, le hizo una oferta para ejercer el ministerio allí, a la que también rechazó, su vocación misionera podía más que toda oferta de comodidad:



“He decidido seguir aún con el trabajo entre los indios, si lo permite la divina providencia, aunque antes sentí alguna inclinación a ir a East Hampton, donde se me había pedido que fuera”
(5/4/1744)

Un nuevo nombramiento le llegó de parte de la agencia misionera, esta vez debía dejar Kaunaumeeck para ir a Delaware. El primer día de mayo de 1744, salió de Kaunaumeeck y se estableció en Forks del río Delaware, al nordeste de Bethlehem, Pensilvania.

A fines de mayo cabalgó hasta Newark, Nueva Jersey, para ser examinado por el Presbiterio de Newark, siendo ordenado ministro el 11 de junio de 1744.

“Emprendí la marcha hacia Sharon, en Connecticut, y viajé unas cuarenta y cinco millas, a un lugar llamado Fishkill, y me aloje allí. Pase la mayor parte del tiempo, mientras cabalgaba, en oración, para que Dios fuera conmigo a Delaware. Cabalgué varias horas bajo la lluvia a través de un terrible páramo, aunque en mi cuerpo había un desorden tal, que aparte de sangre, poco o nada más salía de mí.

A veces mi corazón está a punto de hundirse al pensar en mi labor, y en salir sólo al páramo, sin saber hacia dónde.

No sabía a dónde; pero, con todo, me sentía consolado al pensar que otros hijos de Dios habían errado por los montes, por los desiertos, por las cuevas y por las cavernas de la tierra; y Abraham, cuando fue llamado a emprender la marcha, partió, sin saber a donde iba. ¡Oh, que yo pudiera seguir a Dios!” (8/5/1744)

“Sentí, en parte, poco después de haberme despertado por la mañana, la misma solemne preocupación y el espíritu de oración de que disfruté anoche. Por la tarde cabalgué varias millas para ver si podía conseguir algunas tierras para los pobres indios, para que pudieran vivir juntos, y estar bajo las ventajas de la instrucción.

Mientras estaba cabalgando tuve un sentimiento profundo de la grandeza y dificultad de mi labor; y mi alma parecía depender totalmente de Dios para tener éxito en el uso diligente y fiel de los medios. Vi con la mayor de las certezas que el brazo del Señor tiene que ser revelado en ayuda de estos pobres paganos, si ellos tienen que ser librados de la servidumbre del poder de las tinieblas.” (27/6/1744)

“Pasé la mañana leyendo varios pasajes de la Sagrada Escritura y en ferviente oración a favor de los indios, para que Dios estableciera su Reino en medio de ellos y los hiciera entrar en su Iglesia.

Hacia las nueve me retiré a mi lugar acostumbrado en el bosque, y allí disfruté de nuevo de alguna ayuda en la oración. Mi gran preocupación era la conversión de los paganos a Dios y el Señor me ayudó a implorar a favor de ella.

Hacia el mediodía fui cabalgando hasta el poblado de los indios, a fin de predicarles, y en el camino mi corazón se elevó a Dios en oración a favor de ellos. Pude decirle libremente a Dios que Él sabía que la causa en la cual estaba ocupado no era mía, sino que era su propia causa, y que sería para su gloria la conversión de los pobres indios. Y ¡bendito sea Dios!, sentí el deseo de su conversión, no para que yo recibiera honor del mundo por ser el instrumento de ello. Tuve alguna libertad al hablar a los indios.” (28/6/1744)

“Me desperté esta mañana en el temor de Dios. Después de levantarme pasé un rato leyendo la Palabra de Dios y en oración. Clamé a Dios bajo el sentimiento de mi gran indigencia. El año pasado deseaba estar preparado para un mundo de gloria y a partir pronto de este mundo, pero últimamente toda mi preocupación, casi es para la conversión de los paganos, y para este fin deseo vivir. Pero, ¡bendito sea Dios! No tengo deseo de vivir para ninguno de los placeres del mundo que he tenido alguna vez.

Anhelo y quiero ser un peregrino, y deseo gracia para imitar la vida, labores y sufrimientos de San Pablo entre los paganos. Y cuando ahora anhelo la santidad, no es ya para mi mismo, como antes, sino más bien para que con ella pueda llegar a ser un ministro competente del Nuevo Pacto, especialmente entre los gentiles.

Pasé unas dos horas esta mañana leyendo y orando, por turnos; y estaba en un estado de ánimo vigilante y tierno, temiendo todo lo que pudiera enfriar mis afectos y apartarme del corazón de Dios.” (6/7/1744)

“Hacia la noche, el peso de mi carga con respecto a los indios empezó a incrementarse, y me apenó el oír varias cosas que daban la impresión de ser desanimadoras; en particular, que los indios tenían intención de reunirse el día siguiente para una fiesta idólatra y bailar. Entonces empecé a estar angustiado. Pensé que debía ir, en conciencia, y esforzarme por desbaratarlo todo; no obstante, no sabía como hacerlo. Así que me

retiré para orar, esperando recibir fuerza de arriba. Me sentí en gran manera corroborado por la oración, y mi alma fue sondeada como pocas veces recuerdo que lo haya sido en la vida. Estaba en una angustia tal y oraba con tanto fervor e importunidad, que cuando me puse de pie me sentí en extremo débil y agotado; apenas podía mantenerme derecho; mis articulaciones estaban sueltas; el sudor me corría por el rostro y el cuerpo, y mi naturaleza parecía como si fuera a disolverse.

Según puedo juzgar, estaba totalmente exento de objetivos egoístas en mis fervorosas súplicas a favor de los pobres indios. Sabía que se reunían para adorar a los demonios, no a Dios; y esto me hacía clamar sinceramente para que Dios apareciera y me ayudara en los intentos que yo hacía por desbaratar esta reunión idólatra. Mi alma imploró largo rato, y pensé que Dios me escucharía y querría ir conmigo para vindicar su propia causa. Me pareció que confiaba en Dios para que me diera su presencia y su ayuda.

Así pasé la tarde orando incesantemente, pidiendo ayuda divina y que pudiera depender del todo de Dios, no de mí. Pasé por una experiencia que fue notable y, en realidad, indescriptible. Todas las cosas de aquí abajo habían desaparecido, y parecía que no había nada de importancia para mí, excepto la santidad de corazón y de vida y la conversión de los paganos a Dios.

Todas mis preocupaciones, temores y deseos, que podría decirse eran de naturaleza mundana, desaparecieron y tenían para mí la importancia de un soplo de aire. Deseaba ardientemente que Dios recibiera un nombre entre los gentiles, y le dije con la mayor libertad que Él sabía que yo le prefería por encima de cualquier otro goce. En realidad, no tenía noción de gozo de este mundo; no me importaba dónde o cómo vivía, o que penalidades tuviera que pasar con tal que pudiera ganar almas para Cristo.

Continué en este estado de ánimo toda la tarde y la noche. Mientras dormía, soñé cosas de éstas, y cuando me desperté, mi primera idea fue la gran obra de orar a Dios en contra de Satán.” (12/7/1744)

Pocos resultados, más penas que glorias

“Cuando me desperté. Mi alma estaba cargada con lo que parecía suceder delante de mi. Antes de que pudiera salir de la cama, clamé a Dios, y tan pronto como me hube vestido me retiré al bosque para derramar mi alma cargada ante Dios, especialmente en súplica de su ayuda para mi gran obra; porque apenas podía pensar en otra cosa.

Disfruté de la misma libertad y fervor que la noche anterior, y me entregué con inefable libertad de nuevo a Dios, en vida o en muerte, para todas las dificultades a las que Él quisiera llamarme entre los paganos; y sentí como si nada pudiera desanimarme de esta bendita obra. Tuve una extraña esperanza, de que Dios inclinara el cielo, y descendería y haría alguna obra maravillosa entre los paganos.

Mientras estaba cabalgando hacia los indios, como unas tres millas, mi corazón estaba continuamente dirigido a Dios pidiendo su presencia y ayuda, esperando y convencido de que Dios haría que aquel fuera el día de su poder y gracia entre los pobres indios. Cuando llegué a donde estaban, los hallé divirtiéndose, pero por medio de la divina bondad les persuadí que desistieran y escucharan mi predicación; con todo, no parecía haber nada del poder especial de Dios entre ellos.

Prediqué de nuevo por la tarde y observé que los indios estaban más sobrios que antes; pero, no obstante, no había nada especial entre ellos. Por lo que Satán aprovechó la ocasión para tentarme y abofetearme con sus malditas sugerencias: No hay Dios, o si lo hay, no es capaz de convertir a los indios antes de que tengan más conocimientos...

Estaba muy débil y cansado, y mi alma cargada y abatida; pero la mortifiqué para todo el mundo, y estaba decidido todavía a esperar en Dios que convirtiera a los paganos, aunque el diablo me tentara con lo contrario”. (22/7/1744)

“Retenía todavía un sentimiento profundo y oprimente que ayer tenía con tanto peso encima, pero estaba mas sosegado. Disfruté de libertad y compostura después de las tentaciones de la noche anterior; sentía una dulce conformidad a la voluntad divina, y no deseaba nada tanto como la conversión de los paganos a Dios, y que su Reino pudiera llegar a sus corazones y a los corazones de otros.” (23/7/1744)

“Cabalgué unas diecisiete millas hacia el Oeste, por un terreno montañoso pésimo, para ir a ver a algunos indios. Reuní a unos treinta, les prediqué por la noche y me alojé entre ellos.

Estaba débil y me sentía, hasta cierto punto, desconsolado; además no tenía libertad en la idea de buscar algunas otras circunstancias o actividades en mi vida. Todo mi deseo era la conversión de los paganos, y toda mi esperanza estaba en Dios. Dios no me permitía el placer o consuelo de albergar la esperanza de ver amigos, volver a mis queridos conocidos o gozar de las comodidades del mundo.” (24/7/1744)



“Pude hablar a mis pobres indios con mucho interés y fervor, y estoy persuadido de que Dios me permitió ejercer fe en Él mientras les estaba hablando. Percibí que algunos de ellos estaban asustados por escuchar y abrazar el cristianismo, y podría que quedaran encantados o envenenados por algunos de los *powaws* o brujos; pero pude razonar con ellos para que nos los temieran y confiaran en Dios para su seguridad y liberación.

Desafié a estos poderes de las tinieblas a que hicieran en mi primero lo peor que pudieran. Les dije que yo era un cristiano, y les pregunté por qué los *powaws* no me encantaban o envenenaban a mi. Pero luego me di cuenta de que nunca había sentido más vivamente mi propia falta de valor como al proponer esta acción. Vi que el honor de Dios estaba afectado en este asunto y deseé ser preservado, no de puntos de mira egoístas, sino para un testimonio del poder y bondad divinos, y de la verdad del cristianismo y que Dios pudiera ser glorificado. Después hallé que mi alma se regocijaba en Dios por su gracia que me ayudaba.” (2/9/1744)

“Visité a los indios con la idea de despedirme de ellos, suponiendo que aquella mañana irían a cazar temprano, pero en contra de mi expectativa y esperanza, deseaban oírme predicar otra vez. De buen grado les concedí lo que deseaban, y después me esforcé en contestar sus objeciones contra el cristianismo.

Luego se fueron y pase el resto de la tarde leyendo y orando, esperando poder irme a casa temprano al día siguiente. Mi alma tuvo cierto refrigerio en la oración privada y la meditación. Bendije al Señor por toda su bondad.” (8/10/1744)

“Hubo mucha confusión y perplejidad en mis pensamientos; no podía orar; estaba casi desanimado, pensando que no podría predicar otra vez. Después, Dios tuvo a bien darme algo de alivio a estas confusiones; pero todavía estaba asustado y tenía dificultades delante de Dios. Fui al lugar del culto público, elevé mi corazón a Dios pidiendo su ayuda y gracia para mi gran obra, y Dios tuvo misericordia de mí y me ayudó a implorarle santidad y usar los argumentos mas fuertes con Él, sacados de la encarnación y los sufrimientos de Cristo para este mismo fin: que los hombres pudieran ser santificados.

Después tuve mucha ayuda en la predicación. No recuerdo que Dios me ayudara tanto en ninguna otra ocasión, a predicar en una forma directa y clara para el estado atribulado del hombre. Por medio de la infinita bondad de Dios sentía lo que decía, Él me capacitó para tratar de la verdad divina con claridad especial; y con todo, me daba cuenta hasta tal punto de mis defectos en la predicación, que no podía sentirme orgulloso de lo que había hecho, como en otras ocasiones; y ¡bendije al Señor por su misericordia!

Por la noche deseaba estar enteramente solo, para bendecir a Dios por su ayuda en tiempo de extrema necesidad; y deseaba en alto grado la santidad, para que pudiera mostrar mi gratitud a Dios.” (14/10/1744)

“Alrededor del mediodía, fui a caballo hasta donde estaban los indios, y mientras iba, no podía sentir deseo alguno de estar con ellos, e incluso temí decirles algo” (2/11/1744)

“Llegué en mi viaje desde Rockciticus al Delaware. Estaba en pobres condiciones físicas por el frío y un dolor de cabeza. Hacia las seis de la tarde perdí el camino en el bosque y estuve andando entre rocas y montes, por precipicios tremendos, por pantanos y los lugares mas espantosos y peligrosos; y siendo ya una noche oscura, solo se podían ver muy pocas estrellas, y estaba en serio peligro. Me sentía acosado por el frío y angustiado en gran manera por el dolor de cabeza al que se añadía malestar en el estómago, de modo que cada paso que daba era mucha molestia.

Tuve muy poca esperanza, durante varias horas, de poder evitar tener que echarme en el bosque a pasar la noche en mis pobres condiciones. Pero hacia las nueve hallé una casa, por la abundante bondad de Dios, y me recibieron con amabilidad, Varias veces me he visto en una situación semejante y he tenido que echarme a pasar la noche al campo raso; pero Dios, hasta ahora, me ha preservado ¡Bendito sea su nombre! Las fatigas y dificultades como estas, sirven para despejarme más aún de la tierra; y confío en que también hagan más dulce el cielo.

Antes, cuando quedaba así bajo el frío, la lluvia y demás, me sentía dispuesto a complacerme a mí mismo con el pensamiento de disfrutar de una casa cómoda, un fuego acogedor y otras comodidades externas, pero ahora estas cosas tienen un lugar más reducido en mi corazón (por la gracia de Dios) y mis ojos buscan más en Dios su consuelo. En este mundo, espero tribulación, y ahora ya no me parece extraña como antes; en esos momentos de dificultad no me complazco con el pensamiento de que las cosas van a ser mejores en el futuro, sino que pienso más bien que van a ser mucho peores, y en las pruebas mayores por las que han pasado otros hijos de Dios, y en lo grandes que tal vez sean las que me están reservadas a mí. Bendito sea Dios, que me consuela en medio de mis pruebas más agudas, y muy rara vez permite que esos

pensamientos vengan acompañados del terror o la melancolía, sino que vengan acompañados con frecuencia de un gran gozo.” (22/11/1744)

Antes del “amanecer glorioso de Dios”, la noche se ha tornado en extremo oscura

“Me sentí tan abrumado por el desánimo, que no sabía cómo vivir; añoraba la muerte en gran manera. Mi alma estaba hundida en aguas profundas y los torrentes estaban listos para ahogarme. Estaba tan oprimido, que mi alma estaba en una especie de terror” (16/12/1744)

“Dándome cuenta de la gran necesidad de la divina influencia y del derramamiento del Espíritu de Dios, pasé el día en ayuno y oración, pidiendo una gran misericordia para mi, para mi pobre gente en particular y para la Iglesia de Dios en general.” (3/1/1745)



“Bendito sea Dios, que tenía mucha libertad cinco o seis veces al día, en oración y alabanza, y sentía una fuerte preocupación en mi espíritu por la salvación de esas almas preciosas y la extensión del Reino del Redentor, en medio de ellas”

“Por la mañana Dios tuvo a bien quitarme la tristeza que últimamente ha oprimido mi mente y darme libertad y dulzura en la oración. Me sentí animado, fortalecido y capacitado para pedir gracia para mi mismo y misericordia para mis pobres indios, y fui ayudado dulcemente en mis intercesiones a Dios para los demás. (9/1/1745)

“Mi alma recordó el ajenjo y la bilis (casi diría infierno) del pasado viernes, y sentí un gran temor de verme obligado de nuevo a beber esa "copa de temblores" que fue inconcebiblemente más amarga que la muerte, y me hizo añorar más aun la tumba, indeciblemente más que los tesoros escondidos” (3/2/1745)

“Mi mensaje fue proporcionado a mi propio caso, porque no había podido captar adecuadamente esta fuente abierta para el pecado, y, así, he estado trabajando en exceso por mi vida y paz espiritual, mi conciencia y la santidad progresiva en mi propia fuerza. Pero ahora Dios me ha mostrado, hasta cierto punto, el brazo de toda fortaleza y la fuente de toda gracia.” (24/2/1745)

Amanece en el ministerio de David Brainerd, llega el avivamiento



“He pasado la mayor parte del tiempo, desde hace mas de un año, entre los indios de Forks del Delaware, en Pennsylvania. Durante este período hice dos viajes al Susquehannah para hablar respecto al cristianismo con los indios que vivían cerca de este otro río; y no habiendo tenido, al parecer, ningún éxito notable en ninguno de estos dos sitios, mi espíritu estaba deprimido y muy desanimado.

Habiendo oído que había cierto número de indios en un lugar llamado Crossweeksung, en Nueva Jersey, a unas ochenta millas al sudeste de Forks, o sea en la confluencia del Delaware decidí hacerles una visita y ver lo que se podía hacer a favor de la cristianización de ellos; en consecuencia, llegué allí el miércoles 19 de junio de 1745.

Hallé muy pocas personas en el lugar que visité, y me di cuenta que los indios en estas partes estaban muy esparcidos. Sin embargo, prediqué a estos pocos que hallé; y me pareció que estaban muy bien dispuestos, serios y atentos, y no inclinados a objetar y discutir, como había ocurrido con los indios en otras partes. Cuando hube concluido mi mensaje, les informé que habiendo solo unas pocas mujeres y niños, les visitaría de buena gana al día siguiente. Al oírlo, ellos mismo emprendieron la marcha y recorrieron de diez a quince millas a fin de dar noticia a algunos de sus amigos ubicados a esta distancia.” (19/06/1745)

“Visité y prediqué a los indios otra vez, como me había propuesto. Se habían congregado en gran número por las invitaciones de sus amigos que me habían oído el día anterior.

Estos también me parecieron muy atentos, quietos y bien dispuestos como los otros; y ninguno hizo objeción alguna, como los indios de otros lugares acostumbraban a hacer. Hacia la noche prediqué a los indios de nuevo, y tenía mas oyentes que antes.” (20/6/1745)

“Hacia el mediodía visité otra vez a los indios y por la noche les prediqué. Hallé mi cuerpo muy fortalecido y fui capacitado para hablar con mucha claridad y calor. El número, que al principio consistía en siete y ocho personas, fue aumentando hasta cerca de treinta. No solo había una solemne atención entre ellos, sino que era evidente que la divina verdad hacia una impresión considerable en sus mentes. Esta fue verdaderamente una tarde agradable para mí. Mientras cabalgaba, antes de llegar a los indios, sentía mi

espíritu consolado y mi alma pudo clamar a Dios incesantemente durante varias millas.”
(22/6/1745)

“Prediqué a los indios según ellos me pidieron y a propuesta suya. El ver a pobres paganos deseosos de escuchar el Evangelio de Cristo me animó a hablar y platicar con ellos, aunque para entonces me sentía débil y mis ánimos estaban agotados.” (24/6/1745)

“Hay muchos con los cuales puedo conversar acerca de la religión, pero ay, encuentro muy pocos con los que puedo hablar de la religión misma. Sin embargo, bendito sea el Señor, hay algunos a quienes les encanta alimentarse con el grano, y no con la cáscara.”

“Visité y prediqué a los indios otra vez, El número había aumentado a unas cuarenta personas. Su atención y respeto todavía continuaban y era evidente un considerable interés por sus almas en gran número de ellos.” (27/6/1745)

“Prediqué dos veces a los indios, y no pude por menos de sorprenderme de su seriedad y de lo riguroso de su atención. Vi, según pensé, la mano de Dios de modo manifiesto, y de una manera notable, en el hecho de que hizo provisión para su sustento corporal, a fin de que recibieran instrucciones en las cosas divinas. Pues este día, y el día anterior, solo andando un poco a partir del lugar en que teníamos nuestra reunión diaria, mataron tres ciervos, lo que era una razonable abundancia para sus necesidades, y sin lo cual no habrían podido subsistir juntos para poder asistir a escuchar los medios de gracia de la predicación.” (29/6/1745)

“Sentí mi corazón atraído hacia Dios en oración, casi toda la mañana; en especial mientras cabalgaba. Y en la noche, no pude evitar el clamar a Dios por esos pobres indios, y después que me fui a la cama, mi corazón siguió dirigiéndose a Dios a favor de ellos, hasta que me quedé dormido. ¡Oh, bendito sea Dios que me permite orar!”
(2/7/1745)

“Deseaba ardientemente poder hacer algo, si era del agrado del Señor, a favor de sus intereses en el mundo.

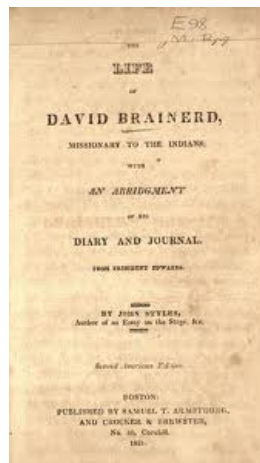
Mi alma, mi propia alma, anhelaba que pudieran ser cosechados estos pobres paganos, y clamaba a Dios con fervor. No podía hacer otra cosa que clamar. Esta fue una temporada dulce, porque pude saborear con antelación algo del cielo, y tenía un estado de espíritu apropiado en cierta medida a los usos y actividades del mismo. Mi alma se sentía apenada al dejar el lugar; pero mi cuerpo estaba débil y exhausto, y eran cerca de las nueve. Deseaba que el resto de mi vida pudiera estar lleno de más fervor y actividad en las cosas de Dios. ¡Oh, la paz interior, la calma, la serenidad divina de este estado de ánimo! El cielo tiene que diferir de esto solo en grado, no en clase. ¡Señor dame tu Pan de Vida!” (26/7/1745)

“Por la noche me retiré, y mi alma se sintió llevada a orar a Dios; especialmente a favor de mi pobre gente, a la cual había enviado recado de que se juntara para poder predicarles al día siguiente. Estaba muy animado en la oración para su conversión salvadora, y apenas había sentido nunca mis deseos de una cosa de esta naturaleza, de modo tan claro y desinteresado con gran satisfacción por mi parte, libre de miras egoístas.

Me pareció que no tenía interés o apenas deseo de ser el instrumento de una obra tan gloriosa como la que había deseado y por la que había orado entre los indios. Si la bendita obra podía ser realizada para el honor de Dios y el engrandecimiento del Reino

de mi querido Redentor, esto era todo mi deseo e interés; y esta misericordia era la que esperaba; pero con temblor, porque sentía lo que expresa Job en 9:16 <Si yo le invocara y Él me respondiese, aun no creería que hubiese escuchado mi voz.>

Mis crecientes esperanzas con respecto a la conversión de los indios se habían estrellado con frecuencia, de modo que mi espíritu estaba, por así decirlo, quebrantado y mi ánimo gastado y apenas me atrevía a esperar. Visité a los indios de estas partes el pasado junio y me detuve entre ellos durante bastante tiempo, predicándoles casi diariamente; y en esta temporada Dios se complació en derramar sobre ellos un espíritu de despertamiento e interés por sus almas y avivar su interés por las verdades divinas. Ahora los encontraba serios e interesados, y un buen número de ellos estaba bajo profundo interés en Cristo.” (2/8/1745)



“Habiendo sido invitado por un ministro vecino a ayudarlo en la administración de la cena del Señor, cumplí su petición y llevé a los indios conmigo; no solo a aquellos que habían estado presentes el día anterior, sino a muchos que habían venido para escucharme, de modo que éramos unos cincuenta en conjunto, entre adultos y jóvenes. Asistieron a varios mensajes aquel día; y algunos de ellos, que podían entender inglés, estaban muy emocionados; y todos parecían estar interesados en gran manera. Ahora empezó a hacerse visible un cambio en su modo de comportarse. Por la noche, cuando iban a cenar juntos, no probaban bocado hasta que me habían llamado para que diera la bendición de la comida; y, al hacerlo, varios de ellos lloraban, especialmente cuando les mencioné que, en el pasado, celebraban sus fiestas en honor de los diablos y descuidaban dar gracias a Dios por sus dones” (4/8/1745)

“Después que fue predicado el sermón por otro ministro prediqué yo, y concluí el culto público hablando de Juan 3:37. Y durante mi mensaje, dirigido a los indios en particular, que estaban sentados aparte en la sala, me di cuenta de que en esta ocasión estaban conmovidos de modo considerable.

Por la noche, estando la mayor parte de ellos presente en la casa en que yo me alojaba, platiqué con ellos, y hallé que todos estaban interesados profundamente en el estado de su alma, inquiriendo sobre lo que tenían que hacer para ser salvos. Toda su conversación entre ellos giraba en torno a asuntos religiosos, en los cuales eran ayudados por el intérprete, que estaba con ellos día y noche.

Aquel día, una mujer, que había estado muy interesada en su alma desde que me había oído predicar el mes de junio pasado, obtuvo consuelo, creo, de modo sólido y bien

fundado. Pareció estar llena de amor a Cristo. Al mismo tiempo se comportó humilde y afectuosamente, y daba la impresión de que no tenía miedo de nada, como no fuera el ofender y agraviar a Aquel a quien su alma amaba.” (5/8/1745)

“Por la mañana platiqué con los indios en la casa en que estábamos alojados. Muchos de ellos estaban muy conmovidos y se les veía en gran manera emocionados; de modo que unas pocas palabras sobre los intereses de sus almas daban lugar a que las lágrimas corrieran libremente y producían muchos sollozos.

Por la tarde, habiendo regresado al lugar en que tenía la costumbre de predicarles, platiqué otra vez con ellos. Había unos cincuenta y cinco que eran capaces de asistir al servicio divino entendiéndolo. Insistí sobre 1^a Juan 4:10.

Parecían ávidos de escuchar, pero no se les veía nada especial, excepto la atención, hasta que estuve cerca del fin de mi mensaje; y entonces las verdades divinas fueron escuchadas con una influencia sorprendente, y produjeron una gran impresión entre ellos.

Había escasamente tres, entre los cuarenta, que no estuvieran llorando amargamente o mostraran lágrimas. Todos a una parecían en agonía del alma para conseguir la salvación de Cristo; y cuando más hablaba del amor y la compasión de Dios al enviar a su Hijo para sufrir por los pecados de los hombres, y cuanto más los invitaba a venir y compartir este amor, más aumentaba su angustia y desasosiego porque se sentían incapaces de venir. Era sorprendente ver que cuando no se les hablaba una sola palabra que inspirara terror, sus corazones parecían atravesados por las tiernas invitaciones del Evangelio.

Hubo aquel día dos personas que obtuvieron alivio y consuelo, y cuando pude hablar con ellas en privado, mostraron que se trataba de algo sólido, racional y escritural.

Después de haber inquirido sobre la base de su consuelo y decirles cosas que me parecieron apropiadas, les pregunté además, que era lo que querían que Dios hiciera por ellos. Me contestaron que querían que Cristo limpiara sus corazones por completo.

Tan sorprendentes eran ahora las acciones del Señor que no puedo decir más de este día, y no tengo por que decir más, excepto hacer constar que el brazo del Señor se había revelado poderosa y maravillosamente en ellos.” (6/8/1745)

“Prediqué a los indios sobre Isaías 53: 3-10. Hubo una notable influencia que siguió a la exposición de la Palabra, y una gran emoción en la asamblea, pero no puede decirse que fuera igual a la del día anterior, es decir, no era general. Sin embargo, muchos estaban conmovidos, y muchos en gran ansiedad por sus almas; y algunos ni podían estar sentados, sino que estaban echados en el suelo, como si se les hubiera atravesado el corazón, clamando incesantemente misericordia. Hubo varios nuevamente despertados; y fue notable que, tan pronto como venían de lugares remotos, el Espíritu de Dios se apoderaba de ellos, dándoles interés por sus almas.

Una vez terminado el servicio público, hallé dos personas más que habían hallado consuelo, de las cuales tuve buenas esperanzas; y una tercera, de la cual no tuve tantas esperanzas, cuyo caso no parecía tan claro como el de los otros; de modo que ahora eran seis las que en conjunto habían conseguido algún alivio para su desasosiego espiritual; y de ellos, cinco cuya experiencia se veía bien clara y satisfactoria. Es digno de ser notado que aquellos que habían obtenido consuelo primero, en general habían estado afectados profundamente por el interés en sus almas cuando había predicado allí el mes de junio anterior.” (7/8/1745)

“Por la tarde prediqué a los indios, cuyo número era ahora de unas sesenta y cinco personas; hombres, mujeres y niños. El mensaje fue sobre Lucas 14: 16-23, y me sentí excepcionalmente libre al hablarles. Había un interés visible ya entre ellos cuando hablaba en público; pero cuando después hablé individualmente con aquellos en quienes había observado mucho interés, el poder de Dios pareció descender sobre la asamblea como un viento recio y poderoso, y con una asombrosa energía que lo llevó todo adelante.

Me quedé asombrado de la influencia que se apoderó de la audiencia de modo general, y no pude compararlo a nada que fuera mas apropiado que a la fuerza irresistible de un poderoso torrente, o un diluvio que, con su peso y presión incontenibles, arrastra todo lo que se le opone. Casi todas las personas, de todas las edades, se inclinaron con emoción, y apenas hubo una que pudiera resistir el embate de esta sorprendente operación.

Los ancianos, hombres y mujeres, que habían sido borrachos empedernidos durante muchos años, y algunos niños de unos seis o siete años, así como personas de mediana edad, parecían angustiados por sus almas. Era patente que estos niños, algunos por lo menos, no estaban meramente asustados por lo que veían en la emoción general, sino que eran sensibles a su peligro, a la maldad de sus corazones y a su miseria sin Cristo, como expresaron algunos.

El corazón mas obstinado se veía ahora obligado a inclinarse. Un hombre principal entre los indios, que antes se consideraba seguro y satisfecho de si mismo, y pensaba que su estado era bueno, porque sabía mas que la generalidad de los otros indios, y que con mucha confianza el día anterior me había dicho *que era cristiano desde hacía más de diez años*; ahora fue llevado a sentir ansiedad solemne por su alma y lloraba amargamente.

Otro hombre avanzado en años, que había sido un homicida, un *powaws* o brujo, un conocido borracho, fue reducido ahora a clamar pidiendo con lágrimas misericordia, quejándose mucho de que no pudiera estar mas preocupado cuando veía que su peligro era tan grande.

Había gente por toda la casa que estaba orando y clamando misericordia, y muchos estaban fuera; y muchos no podían ni moverse de allí. Esta ansiedad era tan grande, cada uno por sí mismo, que ninguno parecía darse cuenta de los que había a su alrededor, y cada uno oraba libremente por si mismo. Me incliné a pensar que estaban mucho mas aparte uno del otro, en lo que se refiere a darse cuenta de los demás, que si hubieran estado solos por completo, o en un desierto alejado; creo, mas bien que no pensaban nada sobre nada, excepto en sí mismos, en su propio estado, y cada uno estaba orando aparte de los otros, aunque estaban juntos.

Me pareció a mí que había aquí un cumplimiento exacto de la profecía de Zacarías 12:10-12, porque había ahora *gran llanto como el llanto de Hadad-rimón*, y cada uno lloraba aparte. Pensé que esto tenía alguna semejanza con aquel día del poder de Dios, mencionado en Josué 10:14, porque he de decir que nunca había visto nada semejante en ningún sentido; fue un día en que estoy persuadido de que el Señor hizo mucho para destruir el reino de las tinieblas entre esta gente.

En general, el interés y ansiedad eran racionales y justos. Los que habían estado despiertos desde hacía algún tiempo, se quejaban más especialmente de la maldad de sus corazones, y todos estaban asustados de la ira de Dios y de la miseria eterna que merecían sus pecados.

Algunos de los blancos que habían venido por curiosidad para escuchar todo este “*parloteo de los pobres indios ignorantes*”, fueron despertados ellos mismos; y algunos se veían afectados pensando en su estado de perdición. Los que habían obtenido alivio

recientemente, estaban llenos de consuelo en esta ocasión. Se los veía sosegados y compuestos, y parecían gozarse en Cristo Jesús.

Algunos de ellos tomaban a sus afligidos amigos de la mano y les hablaban de la bondad de Cristo y el consuelo que se goza en Él, y, por ello, les invitaban a que acudieran a entregar sus corazones a Él.

Pude observar a algunos de ellos, en su manera sincera y natural, sin afectación, sin ninguna intención de que se les notara, que elevaban sus ojos al cielo como si clamaran pidiendo misericordia, cuando veían la miseria de las pobres almas que les rodeaban.

Hubo este día un caso notable de despertamiento que no puedo dejar de hacer constar aquí. Una joven india, que, según creo, nunca había sabido que tenía alma, ni había pensado en cosa semejante, al oír que había algo extraño entre los indios, vino, según parece, para averiguar la cosa. De camino hacia el poblado se detuvo donde me alojaba, y cuando le dije que en aquel momento tenía intención de ir a predicar a los indios, se puso a reír y pareció burlarse; pero sin embargo, se fue a donde ellos estaban.

No había avanzado mucho en mi mensaje público antes de que ella misma sintiera de modo efectivo que tenía alma; y antes de haber concluido mi plática, se sentía redargüida de su pecado y de miseria, y tan afligida en la preocupación por la salvación de su alma, que parecía que la hubieran atravesado con un dardo, y lloraba en alta voz incesantemente. No podía sostenerse de pie ni sentada, y tenían que sujetarla.

Después que hubo terminado el servicio público se echo sobre el suelo, orando con fervor, y no hacía caso de nada, ni contestaba a nadie que le hablara. Me acerqué a escuchar lo que decía y noté el contenido de su oración, que era:

“Guttumaukaleummeh wechaumeh kmeleh Nolah” esto es: *“Ten misericordia de mi, y ayúdame Tú mi corazón”*; ella siguió diciendo esto incesantemente durante horas.

Este fue verdaderamente un día sorprendente del poder de Dios, y me pareció bastante para convencer a un ateo de la verdad, importancia y poder de la Palabra de Dios.”
(8/8/1745)

“Pasé el día casi por completo con los indios; la primera parte del día platicando con muchos de ellos en privado. Por la tarde les di un mensaje público. Había unas setenta personas, entre adultos y niños. Presenté y apliqué la parábola del sembrador, Mateo 13. Pude hablar con mucha claridad, y vi luego que esta plática había sido muy constructiva para ellos.

Entre ellos había muchos con lágrimas mientras hablaba públicamente, pero no había mucho clamor; no obstante, algunos estaban muy emocionados con unas pocas palabras que les dije sobre Mateo 11:28 *“Venid a mi todos los que estáis trabajados”* con las que concluí el mensaje. Pero cuando estaba hablando, mas tarde, con dos o tres de las personas despertadas, pareció que había una influencia divina, en una forma poderosa sobre lo que les decía, lo cual hizo que clamaran en angustia del alma, aunque yo no había dicho una sola palabra de terror, sino que, por el contrario, les había presentado la plenitud y suficiencia de los méritos de Cristo y su deseo de salvar a todos los que se acercan a Él, y acto seguido les hice presión para que vinieran a Él sin demora.

El clamor de éstos fue oído por otros, que, aunque estaban esparcidos cerca, acudieron allí inmediatamente. Y entonces persistí en la misma línea de invitación del Evangelio, hasta que allí todos estaban reducidos a lágrimas o gritos, excepto dos o tres; y pareció que estaban todos muy ansiosos de hallar el gran Redentor y estar seguro en Él.

Algunos que el día anterior parecían mas bien molestos o afectados desfavorablemente, ahora parecían emocionados y conmovidos en el corazón; y el interés y ansiedad general se veían de modo tan prevaleciente, casi, como el día anterior. Había, en verdad, un gran llanto entre ellos, y cada uno parecía lamentarse aparte. Porque tan grande era

su interés, que casi cada uno de ellos estaba orando y llorando por su cuenta, como si no hubiera nadie cerca.

“*Guttummaukalummeḥ gut ummaukalummeḥ*”, “Ten misericordia de mi; ten misericordia de mi”, era el clamor general.

Era muy emocionante ver a los pobres indios, que unos días antes estaban vitoreando y gritando en sus fiestas idólatras y sus embriagueces, clamando ahora a Dios con una importunidad tal para ser acogidos por su querido Hijo.

Hallé dos o tres personas, respecto a las que yo no tenía motivos para tener esperanzas, que ahora habían encontrado consuelo, sobre una buena base, desde el día anterior, y éstos, con otros que ya habían obtenido consuelo antes, estaban juntos, y parecían gozarse mucho de que Dios hubiera realizado esta obra con tal poder sobre otros.” (9/8/1745)

“Pasé parte de la mañana hablando con algunos indios, a fin de prepararlos para recibir la ordenanza del bautismo. Cuando hube presentado la naturaleza de la ordenanza, las obligaciones que iban con ella, el deber de dedicarse a Dios y el privilegio de estar en pacto con Él, muchos de ellos parecieron estar llenos del amor a Dios, deleitándose en Él en aquella manera pública y solemne, renovados y avivados por las esperanzas de gozar del bendito Redentor.

Hubo varios indios que habían venido recientemente, que pensaban que su estado era bueno y ellos mismos eran felices, porque habían vivido algún tiempo con blancos bajo la luz del Evangelio, y habían aprendido a leer, eran educados, etc., aunque parecía ser totalmente extraño a su corazón y estaban sin familiaridad alguna con el poder de la religión, así como con las doctrinas de la Gracia.

Con estos hablé particularmente después del culto público, y me quedé sorprendido al ver su actitud de justificación personal, su fuerte apego al pacto de las obras para la salvación, y al gran valor que ellos ponían sobre sus supuestos logros y méritos. A pesar de todo, después de mucho hablar, pareció que uno quedó convencido, hasta cierto punto, de que *por las obras de la ley ninguna carne puede ser justificada*; y lloró amargamente, preguntando qué era lo que tenía que hacer para ser salvo.” (24/8/1745)

“Después que se hubo marchado la multitud de espectadores llamé a las personas bautizadas y hablé con ellas en particular, al mismo tiempo invité a los otros a que estuvieran presentes. Les recordé las solemnes obligaciones bajo las que estaban ahora, de vivir para Dios, les advertí de las consecuencias terribles de vivir descuidadamente, en especial después de su profesión pública de cristianismo; les di directrices respecto a su conducta futura, y les animé a la vigilancia y la devoción, poniéndoles delante el consuelo y feliz conclusión de una vida espiritual.

Esta fue una ocasión deseable y dulce verdaderamente. Sus corazones estaban ocupados y animosos en el deber, y se regocijaban de haberse dedicado a Dios de aquella manera pública y solemne. El amor parecía reinar entre ellos. Se tomaron el uno al otro de la mano con ternura y afecto, como si sus corazones estuvieran enlazados juntos, mientras yo les estaba hablando; y toda su conducta entre sí fue tal que un espectador serio podría haber sido llamado a exclamar con admiración: *¡Mirad como se aman el uno al otro!*

Muchos otros indios, al ver y escuchar estas cosas, estaban muy emocionados y lloraban amargamente, deseando participar del mismo gozo y consuelo que los otros manifestaban en sus rostros, así como en su conducta. Aquella noche regresé a mi alojamiento, bendiciendo al Señor por su misericordiosa visitación a los indios y por las cosas que había visto ocurrir entre ellos, que eran un refrigerio para el alma, y orando para que Dios quisiera seguir realizando su obra divina entre ellos.” (25/8/1745)

“Estando ahora convencido de que era mi deber volver a los indios de Susquehannah, y siendo la temporada del año apropiada para hallarlos en sus casas, después de haber pasado algunas horas en conversaciones privadas y públicas con mi gente, les dije que tenía que partir, momentáneamente, e ir a sus hermanos lejanos para predicarles también a ellos, y que necesitaba que el Espíritu de Dios fuera conmigo, sin el cual nada se puede hacer con buenos resultados entre los indios, como ellos mismos tenían la oportunidad de ver y observar por la esterilidad de nuestras reuniones en algunos casos, cuando después de mucho trabajo por interesar y despertar a los pecadores no se conseguía ningún resultado.

Les pregunté si querían pasar el resto del día en oración para que Dios fuera conmigo y prosperara mis esfuerzos para la conversión de aquellas pobres almas. Los indios aceptaron de buena gana mi proposición y pronto, cuando los dejé una hora y media antes de la puesta del sol, empezaron y siguieron orando hasta la madrugada, o cerca de ella, sin pensar, como me dijeron, que era más tarde de la hora de ir a la cama, cuando al salir vieron la estrella de la mañana a considerable altura. Tal era la concentración y fervor que dedicaban a sus devociones.

Esta fue una noche notable en que hubo según me dice el interprete, una poderosa influencia tanto sobre aquellos que todavía estaban solo interesados, como en aquellos que ya habían recibido consuelo. Hubo, creo aquel día dos almas interesadas y angustiadas que fueron llevadas al goce del sólido consuelo en Aquel en quien el cansado halla descanso.

Fue también notable aquel día porque un indio anciano, que toda su vida había sido un idólatra, llevó a los otros indios las sonajas que usaba para la música de sus fiestas y danzas, los cuales las destruyeron inmediatamente. Esto tuvo lugar sin intervención mía en el asunto, pues yo no había dicho nada sobre ello, de modo que parece que se trató del poder de la Palabra de Dios, sin aplicación particular a este pecado, lo que produjo este efecto. De esta manera había empezado Dios y así ha venido llevando la obra de Gracia entre estos indios. ¡Que la gloria sea atribuida a Él, que es el solo Autor de ella!

Dejé a los indios y me fui a mi alojamiento regocijándome en la bondad de Dios para mi pobre gente, y gozando libertad en el alma en la oración y otros deberes por la noche.

¡Bendice alma mía al Señor!

Hacia la noche hablé a los indios otra vez y noté una mayor atención y un interés más visible entre ellos de lo que estaba acostumbrado a ver allí. Dios me dio el espíritu de oración y fue una ocasión bendecida en todos los aspectos.”

“Hablé con los indios sobre la parábola del sembrador, después de hablar particularmente con varias personas, lo cual dio lugar a que lloraran, e incluso mostraran mucha emoción, esto hizo que los otros se quedaran sorprendidos e interesados. No dudo que el poder divino acompañó lo que se dijo.

Varias de estas personas habían visto allí, creo, el poder del Espíritu Santo de Dios en una forma emocionante y salvadora. Pregunté a uno de ellos que había obtenido consuelo y dado evidencias esperanzadoras de ser verdaderamente convertido por que lloraba ahora. Me contestó: <Cuando pensé que Cristo había sido muerto como un cordero y derramada su sangre por los pecadores, no puede por menos que llorar cuando estuve solo>, y con ello empezó a llorar de nuevo. Luego le pregunté a su esposa (que también había sido consolada abundantemente), que por qué lloraba, me contestó que estaba afligida porque los indios aquí no habían acudido a Cristo como los de Crossweeksung. Le pregunté si había hallado que su corazón oraba por ellos, y si le había parecido que Cristo estaba más cerca de ella recientemente en la oración de lo que

había estado en el pasado, lo que es mi método usual de expresar un sentimiento de la presencia divina. Ella me contestó: <Sí, si está mas cerca recientemente>; y que a veces, cuando oraba sola, su corazón disfrutaba orando de modo que ella no podía dejar de hacerlo, sino que quería quedarse y seguir orando.” (5/9/1745)

“Hablé a los indios por la tarde sobre Hechos 2:36-39. La palabra de Dios en esta ocasión me pareció caer con peso e influencia sobre ellos. Había unos pocos presentes, pero la mayoría de los que había estaban llorando, y otros clamaban en inquietud y desasosiego de sus almas. Hubo un hombre despertado considerablemente, que nunca antes había mostrado ningún interés por su alma.

Apareció allí una obra notable del Espíritu divino entre ellos en general, semejante a la que había tenido lugar recientemente en Crossweeksung. Parecía como si la influencia divina se hubiera extendido desde el otro lugar, aunque algo de ella había aparecido aquí antes, en el despertamiento de mi intérprete, su esposa y unos pocos más. Varios de estos blancos descuidados, ahora presentes, fueron despertados, o por lo menos sacudidos, al ver el poder de Dios tan prevaleciente entre los indios. Me dirigí de modo particular a ellos y pareció hacerles alguna impresión y estimular algún afecto en ellos. Hay varios indios en estos lugares que siempre han rehusado venir a escucharme predicar y se han indignado contra los otros que han acudido a mi predicación. Pero últimamente están mas amargados que nunca, burlándose del Cristianismo y preguntando algunas veces a mis oyentes con que frecuencia han llorado, y sin han llorado bastante para llenar su copa. Los cristianos, a veces son probados con burlas crueles.

Por la noche, Dios tuvo a bien ayudarme en la oración y me dio acceso al trono de la gracia. Mi alma estaba tan inmersa en este dulce ejercicio, que pase una hora en él y no sabía cómo dejar el propiciatorio. ¡Oh, que delicioso es orar y clamar a Dios! Vi que Dios era poderoso y estaba dispuesto a hacer todo lo que deseaba para mí y para su Iglesia en general. Fui también muy corroborado y ayudado en la oración de familia.

Después, cuando me iba a la cama, Dios me ayudó con ardor y libertad a renovar mi petición. ¡Oh, fue para mí una noche de oración bendita! ¡Bendice alma mía, al Señor!”. (8/9/1745)

David Brainerd parte hacia Susquehannah para predicar, sin éxito, a los indios de esas regiones:

“Dejé a los indios de Forks Delaware y emprendí el viaje hacia el río Susquehannah, dirigiendo mi camino hacia un pueblo indio a mas de ciento veinte millas al oeste de Forks.” (9/9/1745)

“Después de haber dormido a la intemperie tres noches llegué al poblado indio al que me dirigía, junto a Susquehannah, llamado Shuaumoking, uno de los lugares (el mayor de ellos) que había visitado en mayo pasado. Fui recibido amablemente y hospedado por los indios; pero hubo poca satisfacción a causa de un jolgorio y danza paganos que se celebraban en la casa en que tenía que alojarme; no podía suprimirlos, por más que insistí varias veces en que desistieran, ya que uno de nuestros amigos estaba entonces enfermo en la casa y su enfermedad era agravada por aquel ruido. ¡Ay, que desprovistos de afecto natural están estos pobres paganos sin cultura! Aunque parecían amables a su manera. En verdad, los lugares oscuros de la tierra están llenos de habitaciones de crueldad. Los indios de aquel lugar eran tenidos como los más borrachos, tramposos, y

rufianescos de todos aquellos contornos; y Satanás parece tener su sede en aquella ciudad de modo especial.” (13/9/1745)

“Visité a varios indios otra vez y los hallé a casi todos haciendo diligentemente preparativos para un gran sacrificio y danza. Por la noche tenían que reunirse cerca de un centenar de ellos y danzar alrededor de una fogata, habiendo preparado diez ciervos gordos para el sacrificio. El sebo y las entrañas los quemaban en el fuego mientras danzaban y algunas veces se levantaban llamas a una altura prodigiosa; y al mismo tiempo aullaban y gritaban de forma que podía oírseles a dos millas de distancia. Continuaron su danza sagrada hasta casi toda la noche, después de lo cual se comieron la carne del sacrificio y se retiraron cada uno a su propio alojamiento.

No tuve mucha satisfacción siendo el único cristiano en la isla y en medio de un festival idólatra; después de andar de un sitio a otro hasta que el cuerpo y la mente estaban doloridos y oprimidos, al fin me eché en un camastro de paja de maíz y me quedé dormido.” (20/9/1745)

Después de esta experiencia poco alentadora en Susquehannah, David regresa a sus indios de Crossweeksung, donde el avivamiento no para de crecer.

“Prediqué a mi gente sobre Juan 14:1-6. La presencia divina me pareció estar en la asamblea. Muchos se veían emocionados por las verdades divinas, y alguno en particular recibió consuelo. ¡Ah, que diferencia había entre estos indios y los que había visitado últimamente en el Susquehannah!

El estar con aquellos era como ser desterrado de Dios y de su pueblo; el estar con éstos, como ser admitido en su familia y gozar de la presencia divina. ¡Que grande es el cambio que ha tenido lugar últimamente entre muchos de estos indios, que hace unos pocos meses ni pensaban en el cristianismo, o lo repudiaban, como los de Susquehannah! ¡Y que asombrosa es la Gracia que ha hecho este cambio! (5/10/1745)

“Prediqué antes del mediodía sobre Juan 10: 7-11 Hubo muchos compungidos entre mi gente; los cristianos jóvenes disfrutaron de un refrigerio, fueron consolados y corroborados, y una o dos personas fueron despertadas por primera vez. Por la tarde les hablé del carcelero, Hechos 16, y por la noche les expliqué Hechos 20: 1-12. Había esta vez una emoción evidente entre toda la asamblea. Creo que raramente he visto una emoción más deseable en ninguna asamblea en mi vida. Apenas había un ojo sin lágrimas entre ellos, y sin embargo, no había ruido ni nada impropio, nada que tendiera a perturbar el culto público, sino más bien a estimular y animar un ardor cristiano y un espíritu de devoción.

Una vez terminado el servicio público me retiré, pues me hallaba muy fatigado por el trabajo del día y los indios siguieron orando solos durante casi dos horas juntos; un ejercicio continuado que parecía ser atendido por una influencia vivificadora y bendita de lo alto. No pude por menos que desear sinceramente, que muchos de entre el pueblo de Dios hubieran estado presentes en esta ocasión para ver y escuchar estas cosas; que estoy seguro debe confortar el corazón de todo verdadero amante de los intereses de la Iglesia.

El ver a los que habían sido paganos, salvajes e idólatras hasta hace poco, sin esperanza y sin Dios en el mundo, llenos ahora de un sentimiento del amor y la gracia divinos y adorando al Padre en espíritu y en verdad, como hacían los que estaban allí, era algo

emocionante; y especialmente el ver que se mostraban tan mansos y humildes como activos, fervientes y devotos en el servicio divino.” (6/10/1745)

“Hablé sobre Juan 4:13,14 Hubo mucha atención y una emoción deseable, un acto conmovedor en la asamblea. Era sorprendente ver lo deseosos que estaban de escuchar la Palabra de Dios. A veces he pensado que de buena gana asistirían al servicio divino veinticuatro horas al día, si tuvieran oportunidad de hacerlo.” (24/10/1745)

“Hablé de Mateo 22: 1-13, y pude exponerles las Escrituras y adaptar mi plática y expresiones a la capacidad de mi gente, sin saber cómo, en un forma fácil y sencilla y familiar, mucho más de lo que habría conseguido con mucho estudio; y esto sin ninguna dificultad especial; si, con tanta libertad como si me hubiera dirigido a una audiencia de personas ya instruidas en las doctrinas del cristianismo toda su vida.

La palabra de Dios, en esta ocasión, parecía caer sobre la asamblea con un poder e influencia divinos, especialmente hacia el fin de mi mensaje. Había a la vez una dulce emoción y un amargo lamentarse en la audiencia. Los queridos cristianos eran renovados y consolados, las convicciones eran reavivadas en otras, y varias personas que nunca habían estado antes con nosotros habían sido despertadas. De tal modo se veía la presencia divina en la asamblea, que parecía que esta era <la casa de Dios y la puerta del cielo>.

Todos los que tenían algún placer y se gozaban en las cosas divinas fueron constreñidos, por la dulzura de aquella ocasión, a decir <Señor, es bueno que nos quedemos aquí>.

Si alguna vez hubo una aparición entre mi gente de la Nueva Jerusalén <como esposa adornada para su marido> hubo mucho de ello en aquella ocasión; tan agradable su solaz y tales las muestras de la presencia divina, que no tenía el menor deseo de partir y dirigirme a mi alojamiento.

Fui animado a la visita de la continuación de esta bendita obra entre ellos, y de su influencia entre los extraños y entre los indios que habían venido últimamente de vez en cuando, de modo providencial, de otras partes del país. Tuvimos una noche de dulce refrigerio; mis pensamientos se elevaron a la bienaventurada eternidad; mi alma se fundió en deseos de perfecta santidad y de glorificar a Dios perfectamente.” (28/10/1745)

“Bauticé a catorce personas indias. Una de ellas tenía catorce años, y tenía razón de esperar que Dios fuera quien la había traído y salvado para su hogar. Dos de los otros eran hombres de unos cincuenta años, que tenían una historia notable por su maldad entre los indios. Uno de ellos había sido un homicida, y ambos eran conocidos borrachos, así como muy pendencieros; pero ahora no podía sino tener esperanza de que los dos habían pasado a estar sometidos a la gracia especial de Dios, principalmente el peor de ellos.” (3/11/1745)

“Hablé sobre Juan 11 (la resurrección de Lázaro), explicando brevemente la mayor parte del capítulo. Las verdades divinas hicieron profunda impresión sobre muchos en la asamblea. Bastantes fueron conmovidos al ver el poder de Cristo manifestado en la resurrección de un muerto.

Hubo muchos que habían venido últimamente de lugares remotos, y que habían sido llevados a un interés profundo e inmediato por sus almas. Uno en particular, que no mucho antes vino medio borracho y se burló de nosotros con el intento de perturbar el curso del culto divino, y ahora se sentía tan redargüido y afligido en su alma que parecía que no podía hallar desahogo alguno sin un interés en Cristo. Hubo muchas lágrimas y

sollozos y gemidos en la asamblea en general; algunos llorando por ellos mismos, otros por sus amigos.

Aunque ahora las personas se emocionaban indudablemente con mucha más facilidad que al principio de este interés religioso, cuando las lágrimas por las almas eran cosas desconocidas entre ellos, con todo, he de decir que su interés en general, aparecía genuino y no fingido, y especialmente esto se veía de modo notable en los nuevos despertados. De modo que las convicciones verdaderas y genuinas por el pecado, parecen todavía empezar y aumentar en muchos casos.” (4/11/1745)

“La Palabra causó una fuerte impresión en muchas de las personas que estaban allí reunidas, especialmente mientras hablaba de la bienaventuranza de Lázaro < en el seno de Abraham > Lucas 16:19-26. Esto, como me pude percatar, los afectó mucho más que cuando hablé del suplicio y los tormentos del hombre rico, y así ha sucedido por lo general con ellos.

Casi siempre han parecido estar más afectados por lo agradable que por lo terrible de las verdades de la Palabra de Dios. Y lo que ha afligido a muchos de ellos con convencimiento es que descubrieron que les faltaba y no podían obtener la felicidad de los piadosos.” (30/11/1745)

Un asombroso avivamiento, por medio de un vaso frágil

David nos cuenta ahora de la asombrosa acción de Dios en su obra misionera, más asombrosa todavía al reconocer él mismo que no tenía esperanzas de ver algún fruto por su labor. Y habiendo comenzado a sentirse “una carga” para la Sociedad de predicadores que lo había enviado, se planteó seriamente renunciar al puesto debido al aparente fracaso de sus esfuerzos. Mas a pesar de su depresión y su agotamiento físico debido a la cruel enfermedad que lo consumía, David perseveró y prevaleció en oración, esta es la maravillosa lección que aprendió y nos legó a nosotros. En sus propias palabras lo expresó así: *“De lo que aprendo: que es bueno seguir el camino del deber, aunque sea en las tinieblas y en el desánimo”*

Cuando David Brainerd fue más débil, Dios fue más fuerte.

“Es notable que Dios empezara esta obra entre los indios, en una ocasión en que yo tenía una esperanza mínima. Por desgracia, no veía ninguna perspectiva racional de que una obra de gracia se propagara entre ellos: mi fuerza corporal estaba muy agotada entonces por el pesado viaje al Susquehannah, donde me había tenido que exponer a los peligros y fatigas entre los indios; mi mente se hallaba, también, en gran manera deprimida en vista del fracaso de mis labores. Y tenía pocos motivos para esperar que Dios me hiciera instrumento de la conversión salvadora de ningún indio, excepto mi intérprete y su esposa. Por ello, estaba dispuesto a verme como una carga para la honorable sociedad que me empleaba y sostenía en estas tareas y empezaba a pensar seriamente en renunciar a mi misión.

Mis esperanzas respecto a la conversión de los indios quizá nunca quedaron reducidas aun nivel tan bajo, desde que me había interesado en ellos, como en aquellos momentos. A pesar de todo, esta fue una temporada en la cual, Dios consideró apropiado empezar esta gloriosa obra. Así Él <puso fuerza donde había flaqueza>, mostrando su brazo poderoso en un momento en que era evidente que todas las esperanzas y probabilidades

humanas estaban fallando. De lo que aprendo que es bueno seguir el camino del deber, aunque sea en las tinieblas y en el desánimo.

Mi intérprete había obtenido algún conocimiento doctrinal, por lo que podía hacerse entender y comunicar, sin error, la intención y significado de mis mensajes, y esto sin que se viera confinado de modo estricto a traducirlos literalmente. Había adquirido asimismo, al parecer, un conocimiento experimental con las cosas divinas, y Dios tuvo a bien en esta ocasión inspirar su mente con los anhelos de la conversión de los indios y darle un celo y fervor admirables al dirigirse a ellos con este objetivo.

Es notable que cuando yo era favorecido con una ayuda especial en una obra, y capacitado para hablar con más libertad de la acostumbrada, más fervor y poder, bajo un sentimiento vivo y cálido por las cosas divinas, él generalmente se sentía afectado de la misma manera casi en el acto, y parecía al instante avivarse y sentirse capacitado para hablar en el mismo lenguaje emotivo y bajo la misma influencia que lo hacía yo.

Con frecuencia en estas ocasiones había energía sorprendente que acompañaba a la palabra, de modo que el rostro de todos los presentes en la asamblea cambiaba casi instantáneamente y las lágrimas y los suspiros aparecían comúnmente entre ellos.

Además, este gran despertamiento, este interés sorprendente, nunca fue estimulado con arengas de terror, sino que siempre aparecía de modo notable cuando yo insistía en la compasión de un Salvador moribundo, las abundantes provisiones del Evangelio y las ofertas libres de la divina gracia a los pecadores necesitados y afligidos.

Los efectos de esta obra han sido muy notables. No dudo que muchas de estas personas han obtenido mucho conocimiento doctrinal de las verdades divinas, desde que los visité por primera vez en junio pasado, de lo que podría haber instalado en sus mentes por medio del uso diligente de los medios propios instructivos durante años, sin esta influencia divina. Las nociones paganas y sus prácticas idólatras parecen haber sido abandonadas del todo en aquellos lugares.

Generalmente parecen haberse apartado de la borrachera, su vicio predilecto, el <pecado que los asalta fácilmente> de modo que no sé que hayan bebido más de la cuenta desde que los visité por primera vez, más que dos o tres de mis oyentes fieles; aunque antes era común que se emborracharan cada día casi, muchos de ellos, y ahora algunos parecen que temen a este pecado particular más que a la muerte.

Aflora un principio de honradez y de justicia entre ellos, y parecen sentirse obligados a pagar sus antiguas deudas, que acostumbraban a descuidar y quizás apenas pensaban en ellas durante años. El amor parece reinar entre ellos, especialmente en aquellos que han dado evidencia de haber pasado un cambio salvador; y nunca vi ninguna apariencia de amargura o crítica en ellos, ni ninguna disposición de estimarse ellos mismos más que a los otros.

En cuanto a sus aflicciones bajo convicción de pecado, han sido grandes y acuciantes, de modo que algunos de ellos desde entonces, parece que se <regocijan con gozo inefable, y lleno de gloria>; y con todo, nunca he visto nada extático y volátil en su gozo. Sus consolaciones no incluyen ligereza, sino al contrario, van con solemnidad y con frecuencia de lágrimas, y un evidente quebrantamiento del corazón. A este respecto, algunos de ellos se han quedado sorprendidos ellos mismos, y me han dicho que cuando sus corazones han estado contentos (que es la frase con la que comúnmente expresan su gozo espiritual), no pueden por menos que llorar.”

“Cuando iba entrando la noche, disfruté de los pensamientos más claros con respecto a un tema divino (por ejemplo, el tratado en 1 Corintios 15) que recuerdo haber tenido jamás con respecto a tema alguno, y pasé dos o tres horas escribiéndolos. Me sentí refrescado con su intensidad. Tenía la mente tan dedicada a estas meditaciones, que

apenas la podía fijar en ninguna otra cosa, y de hecho, no estaba dispuesto a separarme de un entretenimiento tan dulce” (1/2/1746)

“Mi alma se sentía refrescada y consolada, y no podía menos que bendecir a Dios, que me había capacitado en buena medida para serle fiel en el último día. ¡Oh, qué dulce es gastarse y fatigarse para Dios!” (21/2/1746)

“Seguí luchando con Dios en oración por mi amado y pequeño rebaño de aquí, y más especialmente por los indios de otras partes, así como por mis amados amigos de uno y otro lugar, hasta que fue hora de ir a la cama, y tuve temor de serle obstáculo a la familia donde me hospedaba. Pero ¡oh! ¡Con cuán pocas ganas me vi obligado a pasar tiempo durmiendo!” (mayo de 1746)

“Hoy se completa un año desde la primera vez que prediqué a estos indios de Nueva Jersey. ¡Que cosas tan asombrosas ha hecho Dios en este período de tiempo para esta pobre gente! ¡Qué cambio tan sorprendente aparece en su carácter y su conducta! En que forma estos morosos paganos, medio salvajes, en este corto período de tiempo, se han transformado en cristianos humildes y afectuosos, ¡y sus aullidos paganos y embriagueces se han vuelto alabanzas fervientes y devotas a Dios! Los que <andaban en tinieblas, ahora pasan a ser luz en el Señor> Muchos <andan como hijos de la luz y del día>.

Y ahora, a Aquel que tiene poder para establecerlos según el Evangelio y la predicación de Cristo, a Dios sólo sabio, sea la gloria mediante Jesucristo por los siglos de los siglos amén. (19/6/1746)

En mayo de 1746, las tribus convertidas de Crossweeksung se trasladan a Cranberry para tener sus tierras propias, David les seguirá ministrando hasta el mes de noviembre, cuando obligado por su extrema debilidad física debe partir hacia Elizabethtown, donde se hospedará en la casa de Jonathan Dickinson, el mismo que le había impulsado al ministerio misionero. Allí pasará cuatro meses recuperando fuerzas.

“Después de pasarme toda la noche acostado en medio de sudores fríos, tosí mucha materia sanguinolenta esta mañana, y me quedó un gran malestar en el cuerpo, además de no poca melancolía” (agosto 1746)

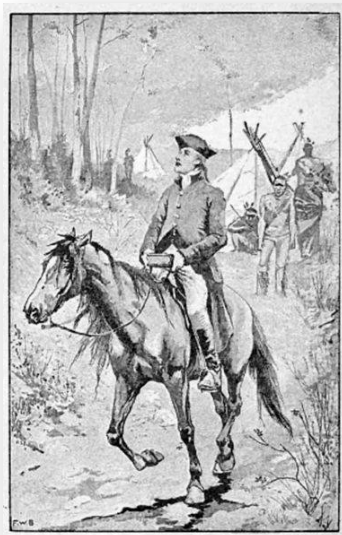
“Tenía una tos violenta y fiebre alta; no tenía apetito por ninguna clase de comida, y con frecuencia devolvía lo que había comido. Muchas veces no descansaba en la cama, a causa de los dolores que tenía en el pecho y la espalda; sin embargo, podía montar a caballo para ir a ver a mi gente, unos tres kilómetros cada día, y atender en algo a los que estaban trabajando entonces en una casita para que yo viviera entre los indios” (septiembre 1746)

“Rara vez me había sentido tan confundido como ahora con la sensación de mi propia esterilidad y de lo inadecuado que soy para mi labor. Oh, cómo me veía ahora convertido en un desecho muerto, sin corazón, estéril y sin provecho alguno. Mis ánimos estaban tan bajos, y mis fuerzas corporales tan agotadas, que no podía hacer absolutamente nada. Al final, demasiado agotado, me acosté sobre una piel de búfalo, pero sudé durante gran parte de la noche” (2/9/1746)

“Estando tan débil y en una condición tan baja, me es imposible efectuar mi trabajo, y teniendo pocas esperanzas de recuperación, teniendo que cabalgar mucho para llegar, he decidido que mi deber era emprender el largo viaje a Nueva Inglaterra para estar con mis queridos amigos, a quienes no he visto desde hace mucho tiempo. En consecuencia, me despido hoy de mi congregación.

Antes de dejar a mi gente les he visitado en sus casas respectivas y he platicado con cada uno de ellos como me ha parecido apropiado según las circunstancias y he hallado gran libertad y ayuda al hacerlo. Apenas dejé una casa sin que hubiera lágrimas; y muchos estaban no solo conmovidos por el hecho de que los dejara, sino por las solemnes pláticas que les hice sobre las cosas divinas, y porque fui ayudado a ser ferviente en espíritu cuando les hablé.” (3/11/1746)

Caminando hacia la eternidad



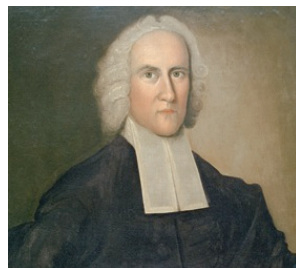
El 20 de marzo de 1747, visita por última vez su rebaño. Pero el cuerpo de David ya no puede resistir el peso de la enfermedad, se ve obligado a dejar la misión y buscar descanso en la casa del pastor Jonathan Edwards en Northampton, Massachusetts. La llama del avivamiento ya ardía en todo su esplendor en la obra misionera, mas David no volverá a ver a sus queridos indios en esta tierra, pues el camino que emprende es hacia la eternidad.

Una de las lecciones asombrosas en la vida de David, es que él no se enojó contra Dios por ser quitado del ministerio cuando todo comenzaba a florecer, al año de estar trabajando con los indios de Crossweeksung, el avivamiento había dado por fruto una iglesia de ciento treinta personas, que no paraba de crecer. Él había arado la dura tierra, desmalezando, quitando piedras, abrojos y espinos, sembrando la preciosa semilla y regándola con abundancia de lágrimas, y sangre de su cuerpo; pero otros recogerán las doradas espigas. En

todo esto fue fiel y humilde David Brainerd, reconociendo que la obra no era suya sino de Dios, el único que merece toda la gloria y el honor.

El 28 de mayo de 1747, es recibido y cuidado como un hijo en el hogar de Jonathan Edwards, y los médicos le confirman que sus esperanzas de vida son escasas pues la enfermedad es terminal. Allí Jerusha, la hija de Edwards, que en ese entonces tenía diecisiete años de edad, lo cuidará durante los últimos meses de su vida. Probablemente Jerusha sintiese con el tiempo un amor hacia ese joven santo, no nos queda constancia de ello, solo el relato de su padre Jonathan Edwards cuando nos narra que a los cuatro meses de morir David, Jerusha también muere, probablemente de la misma enfermedad:

“Le ha placido al Dios santo y soberano llevarse a esta querida hija mía con la muerte, el día 14 de febrero [...] después de una corta enfermedad de cinco días, a los dieciocho años de edad. Era una persona con un espíritu muy similar al de Brainerd. Lo había cuidado y atendido continuamente en su enfermedad, durante diecinueve semanas antes de su muerte, dedicándose a hacerlo con gran placer, porque veía en él a un eminente siervo de Jesucristo” (Diario de Jonathan Edwards)



Pastor Jonathan Edwards

Cuando uno lee los diarios personales de los héroes de la fe, como Brainerd o Edwards, no puede menos que clamar a Dios pidiendo misericordia por nuestras continuas quejas y enojos porque Dios tarda en responder a nuestros caprichos. Estos siervos santos de Dios, eran capaces de dar gracias aún en los momentos más terribles y dolorosos de la vida. El día que lleguemos a anteponer a cualquier expresión nuestra, esta frase: < Le ha placido al Dios santo y soberano > ese día, tal vez, sean inscriptos nuestros nombres en la lista de los héroes de la fe.

Jerusha fue sepultada junto a su querido y admirado David.

A medida que la tuberculosis consume el cuerpo de David Brainerd su alma se eleva a la más profunda y maravillosa comunión con Dios.

“En medio de la mayor aflicción que jamás había tenido que soportar, tuve una clase extraña de hipo, que o bien me estrangulaba, o me hacía tener una serie de vómitos” (24/9/1747)

Jonathan Edwards nos cuenta lo siguiente, acerca de los últimos días de David:

“Las condiciones de salud en que se hallaba la noche de 19 de septiembre no se podían disimular. Su boca hablaba de la abundancia de su corazón expresando en una forma conmovedora muchas de las cosas escritas en su Diario. Entre muchas otras expresiones extraordinarias que pronunció, hay estas: <Mi cielo es agradar a Dios, glorificarle y darlo todo a Él, y dedicarme totalmente a su gloria, esto es el cielo que deseo, esta es mi religión, y esta es mi felicidad y siempre lo fue desde que supongo he tenido algo de religión y todos lo que son de esta religión me encontrarán en el cielo>

<No voy al cielo para ser ascendido, sino para dar honor a Dios. No importa donde sea puesto en el cielo, si estaré en un lugar alto o bajo; se trata de amar, agradar y glorificar a Dios, esto es todo. Si tuviera mil almas y valieran algo, las daría todas ellas a Dios; pero no tengo nada que darle, cuando todo esta hecho>

De nuevo el 27 de septiembre: < ¡oh! ¿Porque tardara tanto en llegar su carro? Estoy bien dispuesto a dejarlo todo; estoy dispuesto a dejar a mi querido hermano John y a no verlo más, para estar siempre con el Señor. Oh, cuando vaya allí. Como estará en mi mente la querida Iglesia de Dios en la Tierra>

Después de la misma mañana, al preguntarle como estaba, contestó: <Estoy casi en la eternidad. Deseo estar allí. Mi obra ha terminado. He terminado con todos mis amigos; el mundo ya no es nada para mí. Ansío estar en el cielo, alabar y glorificar a Dios con los santos ángeles. Todo mi deseo es glorificar a Dios>

Me dijo una mañana cuando entré en su cuarto: <Mis pensamientos se han ocupado del querido y viejo tema de la prosperidad de la Iglesia de Dios en la Tierra. Cuando me desperté, no pude por menos que pedir el derramamiento del Espíritu de Dios, y el progreso del Reino de Cristo por el cual el Redentor sufrió tanto e hizo tanto. Es esto especialmente lo que me hace anhelar verlo>

Insistió mucho también en la gran importancia de la obra de los ministros del Evangelio, y expresó sus anhelos de que pudieran ser llenos del Espíritu de Dios.

Manifestó mucho deseo de ver a algunos de los ministros vecinos con quienes había tenido relación y cuya sincera amistad confiaba le daría oportunidad de conversar libremente sobre este tema antes de morir. Y así sucedió que pudo ver a algunos de ellos, según su deseo.

Otra cosa que se hallaba mucho en su corazón, de vez en cuando, en este acercarse a la muerte, era la prosperidad espiritual de su propia congregación de indios cristianos en Nueva Jersey; y cuando hablaba de ellos, era con peculiar ternura, de modo que sus palabras pronto quedaban interrumpidas y ahogadas por las lágrimas.

Me dijo que era inconcebible para nadie la molestia que él sentía en el pecho. Se manifestó muy preocupado ante la posibilidad de deshonor a Dios con impaciencia al estar bajo aquella agonía tan extrema, que era tal, que dijo que el pensamiento de tenerla que soportar un minuto más era casi insoportable”

“No quisiera concluir mis observaciones sobre las misericordiosas circunstancias que rodearon al fallecimiento de Brainerd, sin reconocer con gratitud la bondadosa dispensación de la Providencia hacia mí y mi familia al disponer que [...] fuera llevado a mi casa en su última enfermedad, y muriera allí. De esa manera, tuvimos oportunidad para conocerlo bien y conversar con él, y para mostrarle bondad en esas circunstancias, y para ver su conducta en la agonía, para oír sus últimas palabras, para recibir su consejo al morir, y para tener el beneficio de sus oraciones mientras agonizaba”. (Palabras del Rev. Jonathan Edwards)

Jonathan Edwards dijo esto con plena consciencia de que el hospedar a David en su casa, trajo como consecuencia que su hija contrajese la misma enfermedad. Tal era el grado de pasión por Cristo que tenían estos santos, que estremece el pensar en corazones tan desbordantes de amor y obediencia.

Poco antes de morir, David le escribe una carta a su hermano, el Reverendo John Brainerd, quien había ocupado su lugar vacante entre los pieles rojas

“Mi querido hermano:

Me encuentro en la víspera de la eternidad, esperando muy pronto presentarme en el mundo invisible. Y ya no me siento más habitante de la tierra, y a veces fervientemente anhelo “partir y estar con Cristo”.

Alabo a Dios por haberme concedido saber durante varios años que es imposible que un ser racional goce de la felicidad verdadera, sin estar completamente entregado a Dios. Motivado por esta comprensión, hasta cierto punto he actuado, ¡Oh hubiera deseado haber hecho mucho más!

Vi tanto la excelencia, como la necesidad de la santidad en la vida; pero jamás en la misma manera como ahora comprendo al encontrarme al borde de la tumba.

Oh, hermano mío, busca la santidad; prosigue este blanco bendito; que tu alma sedienta diga siempre: “Jamás estaré satisfecho hasta despertarme a tu semejanza”.

Aunque he tenido una cierta medida de amor propio en cuanto a mis opiniones - cosa de la cual ahora me avergüenzo y que cada momento me aflige y me humilla-, sin embargo ¡alabado sea Dios! Doy cuenta que en realidad he tenido en una medida mayor, tal preocupación por su gloria y por el adelanto de su reino en el mundo, que me es de consuelo y satisfacción ahora meditar y acordarme de estos años de mi vida.

Mi querido hermano, debo exhortarte a seguir la santidad personal; que practiques el ayuno y ores todo lo que tu salud te permita. Que vivas muy arriba del nivel de los cristianos mediocres; te ruego que atiendas solemnemente a la obra de Cristo; esfuérzate para poder distinguir entre la religión falsa y la verdadera; y para hacerlo, atiende cuidadosamente a la obra del Espíritu Santo en tu propio corazón.

Temo que no comprendas cuanta religión falsa hay en el mundo.

En el nombre de su moribundo pastor, sí, aún más en el nombre de Aquel que murió y volvió a vivir, exhorta a mis hijos espirituales a vivir y andar como conviene al Evangelio.

Cuéntales cuán grande es la esperanza que Dios tiene en su pueblo, y como han de dañar la causa del Señor si caen en pecado; y cuán triste será la influencia de su mal testimonio en los otros indios.

También enséñales con insistencia que sus experiencias son corruptas, sus alegrías engañosas, aunque sea que hayan sido arrebatados hasta el tercer cielo en la presunción de ellas, si sus vidas no son espirituales, cuidadosas y santas.

Dios sabe que estoy deseoso de haberle servido más en la obra del ministerio, aunque fuera con todos los trabajos y dolores de los años pasados, si así fuera su voluntad; pero como ahora parece que su voluntad es otra, estoy completamente contento y con completa libertad digo: “Sea hecha la voluntad del Señor”.

Me da tristeza pensar en dejarte a ti en un mundo de pecado. Mi corazón se compadece de ti; me duele pensar que a ti todavía te esperan vientos y tempestades que, por la gracia de Dios, yo estoy por librarme. Pero Dios vive y bendito sea nuestro refugio y Roca, Él es el mismo amigo Todopoderoso, y espero que sea Guía y Ayudador tuyo tal como ha sido el mío.

Y ahora, mi querido hermano, “te encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, la cual es poderosa para sobreedificarte y darte herencia entre los que son santificados.”

Que goces de la presencia divina tanto en tu vida personal como en tu ministerio público, y que tus brazos sean corroborados por la diestra del Dios de Jacob.

Estos son los deseos y oraciones fervientes de tu cariñoso hermano moribundo.” (David Brainerd)

Las últimas palabras que David Brainerd pudo escribir en su diario fueron estas: escritas el 2 de octubre de 1747

“Mi alma estuvo puesta hoy dulcemente en Dios en varias ocasiones; ansiaba estar con Él para poder contemplar su gloria. Me sentí dulcemente dispuesto a encomendárselo todo a Él, mis queridos amigos, mi querido rebaño, mi hermano ausente y todos mis intereses para el tiempo y la eternidad. Oh que su Reino pueda venir a este mundo, que puedan todos ellos amar y glorificarle por lo que es en si mismo, y que el bendito Redentor pueda ver el trabajo de su alma y quedar satisfecho. ¡Oh, ven Señor Jesús! ¡Ven pronto! Amén.”

Es nueve de octubre de 1747, él tiene 29 años, cinco meses y diecinueve días de edad, y cuando la mayoría de los jóvenes están ansiosamente pensando y proyectando en que gastarán sus vidas, él ya ha gastado completamente la suya; ha peleado la buena batalla, ha acabado la carrera, ha guardado la fe. Por lo demás, le está guardada la corona de justicia, la cual le dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a él, sino también a todos los que aman su venida.

“Digo, ahora que estoy muriendo, que ni por todo lo que hay en el mundo, habría yo vivido mi vida de otra manera.” (David Brainerd, misionero)

“¡Oh si mi alma pudiera ser santa como Él es santo! ¡Oh, si fuera tan puro como Cristo es puro!” (David Brainerd, misionero)

“¡Oh, una hora con Dios excede infinitamente a todos los placeres del mundo!” (David Brainerd, misionero)

“¡Oh, si siempre pudiera vivir para mi Dios bendito y en Él! (David Brainerd, misionero)

“¡Oh, que yo nunca me retrase en mi caminar celestial!” (David Brainerd, misionero)

“¡Oh, si pudiera pasar todo momento de mi vida para la gloria de Dios!” (David Brainerd, misionero)

“¡Oh, si la Iglesia pudiera ser reavivada con poder!” (David Brainerd, misionero)

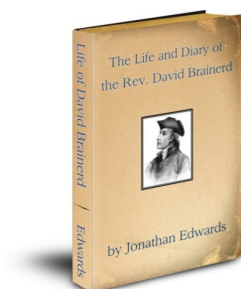
“¡Oh, que pueda empezar este año con Dios y pasarlo todo para su gloria, sea en la vida, sea en la muerte!” (David Brainerd, misionero)

¡Oh, que delicioso es orar y clamar a Dios! (David Brainerd, misionero)

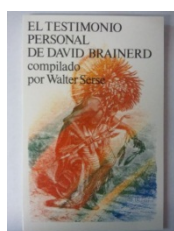
Compilación **Diarios de Avivamientos**

Compilado, redactado y digitalizado por Gabriel Edgardo LLugdar, para la libre distribución y edificación de las congregaciones, respetando siempre los derechos de autor, y de los autores que se mencionan a continuación:

Bibliografía



La vida y diario del Reverendo David Brainerd, de Jonathan Edwards



El Testimonio Personal de David Brainerd, compilado por Walter Serse



La Sonrisa escondida de Dios, John Piper



Edición 04/09/2013

Si te ha sido de bendición este librito compártelo

<https://diariosdeavivamientos.wordpress.com/>